

TT temas toledanos



31 de salamanca a toledo con
lazarillo de tormes

luis rodriguez rodriguez

i.p.i.e.t.

diputacion prov. de toledo

**Temas
toledanos**

director de la colección

Julio Porres Martín - Cleto

consejo de redacción

Ricardo Izquierdo Benito, José Gómez - Menor Fuentes
Ventura Leblic García y Juan Sánchez Sánchez

colaboradores

José María Calvo Cirujano, Rafael del Cerro Malagón
Fernando Martínez Gil e Isidro Sánchez Sánchez

dirección artística e ilustraciones

José Luis Ruz

Administración

I.P.I.E.T.

Diputación Provincial

Plza. de la Merced, 4. Telf. 22 52 00

TOLEDO

Luis Rodríguez Rodríguez

**DE SALAMANCA A TOLEDO
CON LAZARILLO DE TORMES**

Publicaciones del I. P. I. E. T.
Serie VI. Temas Toledanos.

Cubierta: El episodio de las uvas en Almorox.

Depósito Legal: TO. 1558/1983

ISBN: 84-00-05520-9

Imprime : Mayfer de Ediciones Toledo, S.L. Toledo

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Luis Rodríguez Rodríguez

**DE SALAMANCA A TOLEDO
CON LAZARILLO DE TORMES**

Toledo
Diputación Provincial
1983

I.- LAZARILLO Y EL CIEGO EN SALAMANCA.

Antona Pérez, madre de Lazarillo de Tormes, viuda cuando este cuenta ocho años, “como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos para ser uno dellos, y vínose a vivir a la ciudad”. Dada su lógica penuria económica es de suponer que alquilaría una casa en un barrio humilde. Bien podemos situarlo en la Tenerías, con tortuosas y angostas callejuelas que, más que descender, parece que se precipitan hacia el río. Barrio de bodegones, apestando a fritanga y guisado de mondongo, de tabernas, de tabernas y tugurios donde poder alojarse por menguado peculio, habitado por un abigarrado y variopinto enjambre. Podemos imaginar bulliciosas francachelas de estudiantes sopistas, más aficionados y atentos a la sopa boba y al tinto peleón que a la Teología y Humanidades, con mujeres de más que dudosa condición y mezclados con tahures, maestros consumados del “rentoy” y la “veintiuna”. En estas callejuelas y en enrarecido ambiente, tuvo sin duda Lazarillo su primera escuela, amigando lógicamente con arrapiezos y golfillos de su edad y condición.

Para atender a su sustento, Antona “metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballeros del comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas”. En estas entradas y salidas trabó conocimiento con un hombre moreno, “de aquellos que las bestias curiaban”. Entre la viuda y el moreno Zaide, que así se llamaba el mozo, se entablaron unas relaciones que al avispado Lazarillo no le pasaron desapercibidas ni en nada le agradaban, pero como el hambre y el frío apremiaban no se guarda de decir: “vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en invierno leños a que nos calentábamos”.

Como consecuencia lógica de estas entradas y salidas del Zaide, cada vez más frecuentes y prolongadas, que las más de las veces comenzaban al anochecer y terminaban por la mañana, “mi madre vino a darme un negrito”.

El salario del Zaide probablemente no sería muy sustancioso, y con el aumento de la familia acrecieron también las necesidades de la casa. Y aunque fuera para atender las más perentorias, el moreno arrimo de la desenvuelta viuda, necesitó hacer hurtos y trapicheos con que resolver la situación. Y así sospechando el mayoral de las caballerizas del Zaide, pudo demostrarse “que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, la hurtaba”. Amén de la rapiña de leña, almohazas y mantas. Juzgado y condenado el infiel criado, fue azotado y pringado y a su desdichada e ilegal consorte, como cómplice, pusieron la pena del acostumbrado “centenario”, es decir, la dieron cien azotes.

Preso el amante, acuciada de necesidades, con el negocio no muy floreciente de la casa de comidas, en continuas disputas con estudiantes y demás pupilos por retrasos en los pagos, Antona Pérez decidió abandonarlo todo. Malvendió el ajuar y determinó ponerse a servir en el Mesón de la Solana, que gozaba de justo renombre en Salamanca.

No es una cabriola de la imaginación del anónimo autor del “Lazarillo”. El Mesón de la Solana tuvo existencia real, y debió estar ubicado en lo más céntrico de la ciudad, ya que parece ser que el Ayuntamiento salmantino está edificado sobre el solar de dicho mesón. Es muy probable que así sea, ya que la plaza Mayor, quizás la más suntuosa de España, fue edificada durante el reinado de Felipe V, entre 1729 y 1775. Pese a la céntrica situación cabe imaginar que el mesón se ubicaba en una calle angosta y con soportales, disposición topográfica que se repite en el casco urbano de casi todas las ciudades de sabor castellano. Así mismo la calle estaría ocupada por tiendas de abastamentos, pañerías y lencerías, estrechos zaquizamis húmedos y lóbregos, regentados por judíos conversos de afilado perfil, piel cobriza y barba rala.

No es difícil completar el cuadro. Los artesanos hacen sus labores en las puertas o zaguanes de sus casas, resguardándose de los calores estivales o de los fríos y lluvias del invierno bajo los soportales; junto a las puertas tienen colgado un distintivo, indicador del trabajo que ejecutan. Destacan los que con singular arte labran

piezas de oro y plata, sortijas, aretes y pulseras de la más delicada filigrana salmantina. Muy de mañana pasan hacia la Catedral, para asistir al coro, lustrosos canónigos de bien cortadas prendas talarés. Como contrapunto, un clérigo arrugado de dedos amarillentos por la nicotina de apurados cigarrillos, raída sotana y gastados zapatos, al que no da para más el menguado estipendio de una capellanía de monjas. Al mediar el día bullen las tabernas donde se expende vino de Béjar y Toro, los bodegonés de rancia solera en los que se asan cabritillos y lechones de dorada corteza o donde puede saborearse una exquisita chanfaina, un succulento calderillo o unos bien condimentados farinatos, productos típicos de la gastronomía de la región.

El campaneó de la Catedral, llamando a los Oficios divinos, con lento y solemne tañido, y los cantarines esquiloncillos de timbre agudo y al mismo tiempo recoleto, convocando a su parca parroquia circunvecina de negro aparejo y rosario de sobadas cuentas, marcan hitos en el paso del tiempo. En las horas de mayor bullicio son apagados por los picantes cantares de los esparteros, chapineros y zapateros de obra prima. Como contrapunto, la monótona salmodia de un ciego, profundo conocedor de remedios y oraciones para todo trance, que anda despacioso, tanteando con el báculo el desigual pavimento y que, privado de la vista, otea con su aguzada y aguileña nariz la taberna donde entra a tomarse un maravedí de vino de la tierra, merca dos blancas más del mismo que recoge en un jarro y se acoje al mesón donde asa un trozo de longaniza que reconforta.

En el mesón de la Solana, “padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanito hasta que supo andar y a mí hasta ser buen mozuelo”. El salario de la madre debía ser acaso menguado, teniendo que atender con él no sólo su manutención, sino también la de los dos chiquillos; sin embargo, no cabe duda que algo se incrementaría la bolsa con las exiguas propinas que los huéspedes del mesón darían a Lazarillo, el avisgado rapazuelo de Tejares que “iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban”. Criado y educado desde su infancia en un ambiente iniciado en las Tenerías y acrecentado en el mesón, en verdad poco edificante, no tiene nada de particular que el desdichado Lazarillo, como una travesura propia de su edad, hiciese cataduras en el vino en el trayecto de la taberna al mesón y se aficionase desde muy temprana edad al gusto del mismo.

“En este tiempo vino a posar en el mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo servía para adiestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él”, “y le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano”. No faltaron las buenas palabras del ciego para con mi madre, aseverándole que me recibía “no por mozo, sino por hijo”.

Lazarillo ha encontrado su primer amo; de ahora en adelante tendrá que ganarse el sustento con su trabajo. El ciego y su recién estrenado mozo, deambularon varios días por Salamanca, salmudiando aquel sus oraciones y el rapazuelo mendigando de puerta en puerta, arrimándose a la sopa o potaje de algún convento, recabando algunas blancas o maravedís para la faltriquera, y el ciego haciendo frecuentes incursiones en las tabernas del recorrido, para acogerse con las últimas luces del día, al resguardo de la posada.

Sin embargo, no debían ser muy pródigas las ganancias recaudadas porque pronto el ciego decidió abandonar Salamanca y dirigirse a tierras de Toledo, ya que decía “ser la gente más rica, aunque no muy limosnera”. Y a este propósito el ladino, que para toda ocasión tenía un refrán, aplicaba aquí sentencioso, “más da el duro que el desnudo”.

Llegada la hora de emprender el viaje, Lazarillo se despidió en el mesón de su madre, desarrollándose entre ambos una conmovedora escena con abrazos y abundantes lágrimas. Saliendo de la posada, ciego y mozo se dirigieron a las Tenerías y, por ellas, al puente romano sobre el Tormes.

Por toda impedimenta, Lazarillo llevaba lo puesto. El ciego, además de su báculo, portaba un mugriento fardel de lienzo, que en su tiempo fue blanco, se cerraba con una argolla y un candado y contenía, en singular revoltijo, mendrugos de pan, torreznos, farinatos y algún trozo de pestorejo. Con tan exiguo viático emprendieron el camino hacia Toledo.

Pronto olvida el ciego las buenas razones y palabras dadas a la madre de Lazarillo, y antes de salir de Salamanca, le hace la primera trastada a su mozo. Le dice que acerque la cabeza al verraco ibérico que se encuentra a la entrada del puente, para que escuche un ruido; el infeliz recibe la tremenda calabazada que le da el astuto ciego. A cambio de verse privado casi del sentido, Lázaro abre sus ojos a la vida dura que le espera. Entre risas y bromas, el ciego le dice esta sentencia: “Necio, aprende, que el mozo de ciego, un punto más he de saber que el diablo”.

Con lento caminar, rebasan la iglesia de Santiago que, a la derecha y junto al mencionado puente romano, se enseñorea con sus tres ábsides de graciosa mezcla de mudéjar y románico. Llegan al Alto del Rojo; desde allí, Lazarillo, triste, lloroso y dolorido, vuelve la vista a Salamanca y con su alma envía un definitivo adiós a la ciudad, donde quedan su madre y hermanico. Se despide de la Catedral Vieja, con su torre del Gallo, recortada su silueta en el azul del cielo matinal. La Catedral nueva no existía ya que sus obras comenzaron en 1513, para verse rematadas en 1773.

II.- POR ESOS CAMINOS DE DIOS.

Después, campos rasos, besanas, trochas, baldíos, tierras de pan llevar, manadas de toros, hatos de ganado y horizontes sin fin. En algún ventorro cabe el camino, o en un lindazo, la frugal comida, la lacería y un trago confortador. Luego a seguir nuevamente caminando por un camino que no parece tener fin.

Estimamos oportuno, antes de seguir adelante, hacer el cómputo de la edad de Lazarillo al salir de Salamanca. Es dato interesante para situar posteriores etapas en la vida y milagros del picaruelo. Sabemos que cuenta ocho años cuando se queda huérfano. Antona Pérez debió salir de Tejares para Salamanca a raíz del fallecimiento de su esposo; no mucho después se amanceba con el Zaide y, cuando nace su hermanillo, Lázaro posiblemente está entre los muy cumplidos nueve años y los diez. La crianza y primeros pasos del nuevo vástago pueden abarcar alrededor del año y medio; así pues, su andadura se inicia a los once años corridos.

De la lectura del libro, no podemos, ni siquiera por conjeturas, adivinar la trayectoria seguida por nuestra singular pareja. Sin embargo, lo lógico es que siguieran el Camino Real. Tampoco sabemos la época del año en que salieron de Salamanca, ni los lugares recorridos, ni el tiempo que tardaron en cubrir las más de treinta leguas que separan dicha ciudad de las tierras toledanas. Sí conocemos, sin embargo, la época en que llegaron a la villa de Almorox, y que, cabe situar entre los últimos días de septiembre y la primera quincena de octubre, época de la vendimia. Así pues, partiendo de este dato, calculando que anduvieran al menos una legua diaria, pasando tres o cuatro días en cada lugar, cabe deducir que invirtie-

ron poco más de cuatro meses en su viaje. Echando pues por largo, la salida de Salamanca muy bien pudo ser a finales de mayo aproximadamente.

A lo largo de la andadura, Lazarillo nos cuenta como el ciego, “en su oficio era un águila”, que sabía un centenar de oraciones para recitar según el momento adecuado, que cantaba en un tono bajo y reposado los Oficios Divinos en las iglesias por donde pasaban. Si coincidían con romerías populares, hacía la loa del Santo titular de las aldeas, exitando el fervor de los fieles, y esto le proporcionaba las blancas y maravedises que habían menester para su manutención.

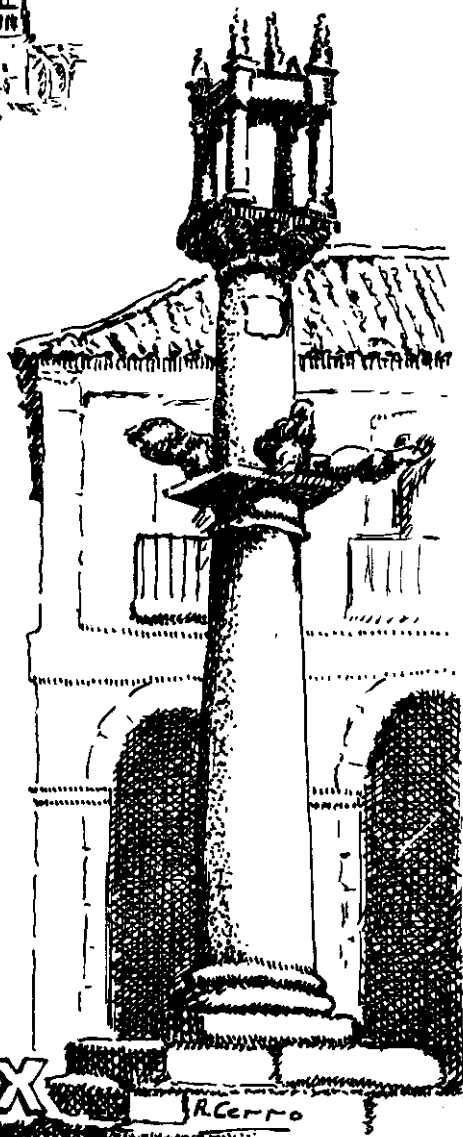
Las noches las pasarían en ventorros, majadas de pastores, donde saborearían con fruición un trozo de tasajo y un trago de vino, merced a la munificencia de rabadanes y zagales; otras veces se acogerían en modestas posadas o en el peor de los casos en los atrios de las aldeanas iglesias. En estos atrios, muy corrientes en las construcciones religiosas medievales, era donde “a son de campana” se reunían los lugareños y hacían sus “ayuntamientos”, para tratar las cosas que “atañer podían” tales como aprovechamiento de pastos, derechos de molindas, puentes y portazgos. Pensamos que, acaso este fue el origen de los primitivos Municipios o Concejos.

Los manejos, tretas y embelecos del astuto ciego pronto prendieron en el antiguo golfillo de las Tenerías salmantinas. Así, cuando el ciego rezaba una oración, bien para vivos o para muertos, y era remunerado con una blanca, éste obolo que el donante hacía, era cogido en el aire por Lazarillo con singular maestría, habiendo perdido la mitad de su valor cuando llegaba al bolsillo del ciego; el avisgado picaruelo lo había trocado por media blanca que, a prevención, siempre tenía en su faltriquera. “También él abreviaba en el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose el que mandaba rezar, le tirara por cabo del capuz”. Compensaban así lo uno con lo otro, que si la moneda quedaba mermada en la mitad, también quedaba demediada la oración.

La limosna “de por Dios” era, hasta no hace mucho tiempo, besada por el lacerado que la recibía, contestando con un “Dios se lo pague”. Por esto no es de extrañar que Lazarillo simulara besar las blancas y maravedís guardándolas en la boca para realizar el trueque. El escamado ciego se dolía, de que, desde que Lázaro



ALMOROX



Primera etapa del Lazarillo, salida de Salamanca.

estaba a su servicio, sólo recojía medias blancas y lo atribuía a un maleficio. Como buen pícaro, no le faltaban al mozo razones para justificarse: “Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finaría de hambre”.

No paran en esto los ardidés de Lazarillo y, quizá evocando a su padre finado, cuando sangraba los costales de los que a moler grano venían a la aceña del Tormes, descosía el fardel del ciego, volviéndole a recoser después de haber “sacado no por tasa pan, más buenos pedazos, torreznos y longaniza”. Por otro lado la afición al vino, que ya adquiriera a bien temprana edad, le arrastraba a arteras libaciones sirviéndose de ingeniosos artificios. El final es bien conocido, el tremendo golpe con el jarro que “le sacó de sentido”.

Y cuenta Lazarillo a propósito de esta desventura, “bien vi que se había holgado del cruel castigo”. Sin embargo, no sólo no le despidió el astuto ciego, sino que, quizás en un resto de misericordia de su endurecido corazón, le curó con el escaso vino que quedó en el destrozado jarro. Y aún en son de broma, tal vez por quitar hierro a su malhadada hazaña, le decía “¿Que te parece Lázaro? Lo que te enfermó, te sana y da salud.”

La mala semilla de la violencia, sembrada a la salida de Salamanca con la calabazada contra el verraco, va germinando poco a poco en el corazón del picaruelo, bien que no a su placer. De esta guisa, con la cara rota, dolorido, lloroso, acaso rememorando a su madre dice: “quisiera asentar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego de allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrónes y repelándome”. Sin embargo, la violencia larvada reacciona ante la perversa y sádica conducta del ciego. “Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos y adrede por le hacer mal daño”.

En su largo caminar por esos caminos de Dios, pasaban por los más diversos lugares. En los que la ganancia era abundante paraban algunos días, pero en los que las dádivas eran escasas no estaban más de dos días y, al tercero, “hacíamos San Juan”. Este giro se usaba aludiendo a una costumbre de la época, de renovar de mutuo acuerdo el contrato entre amo y criado, quedando ambos en libertad, precisamente el día de San Juan.

Las últimas etapas del camino de Salamanca a tierras de Toledo, estimamos que se pueden establecer con bastante precisión.

Probablemente, desde Cenicientos se encaminaron a Guisando, y a la vista de los verracos célticos; acaso a la memoria de Lazarillo le vino la calabazada del verraco de Salamanca, de dolorosa recordación. Probablemente se allegaron al viejo monasterio de monjes jerónimos en demanda de una limosna. De Guisando bajarían a San Martín de Valdeiglesias, donde asentarían algunos días por ser tierra rica y seguramente de abundantes limosnas, emprendiendo nuevamente el camino y tras cruzar el puente romano sobre el Alberche, dejando a un lado la ermita de San Julián, llegaron a los aldeaños de Almorox.

III.- LAZARILLO Y EL CIEGO EN TIERRAS DE TOLEDO.

Si hasta aquí hemos deambulado con Lazarillo y el ciego por caminos hipotéticos, si bien que bastante verosímiles, de ahora en adelante los recorreremos con pie más sentado, por ser más conocidos.

Indudablemente, el anónimo autor de "Lazarillo" conocía perfectamente Salamanca, quizás por haber estudiado en aquella Universidad, sin embargo, ignoraba los lugares intermedios entre esta ciudad y la provincia de Toledo. Así puede deducirse de la lectura del libro, donde no hace mención explícita de ningún paraje. En contraposición, sí señala con precisión los de tierras toledanas, y sobre todo Toledo, donde Lazarillo pasará su vida. Estas características han dado lugar a diversas conjeturas acerca de si el desconocido autor era de Toledo, e incluso, si el libro fue escrito en el castillo de Escalona. A este propósito dice José Carlos Gómez-Menor: "El escritor que redactó "Lazarillo" que conocemos por las tres ediciones de 1554, guardó bien el anonimato. Aún hoy desconocemos con certeza su nombre; e incluso las atribuciones tradicionales o recientes me parecen cada vez más problemáticas". La incógnita sigue sin despejarse.

Almorox. El racimo de uvas.

Continuando con Lazarillo, dice: "Acaeció que, llegando a un lugar que llaman Almorox, al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo dellas de limosna". La fecha está perfectamente apuntada como ya hemos comentado anteriormente: en



El episodio de las uvas en Almorox.

efecto, la recolección de la uva se hace en esta región entre la segunda quincena de septiembre y la primera de octubre; llegaron pues en la otoñada. Es presumible que la hora sería la del crepúsculo, hora en que recogida la uva de la jornada del día es transportada a los lagares. El dicho de Lazarillo “y como suelen ir maltratados los cestos”, nos da la clave de un detalle que más adelante comentaremos. Volvían los vendimiadores de las viñas, cuando los últimos rayos del sol ponen reflejos de carmín en el desvaído azul del cielo, aliviando la fatiga de la jornada con picarescos y salpimentados cantares. Las voces callan cuando la campana de la iglesia lanza el mensaje milenario, eterno centinela de la Fe, tocando a “vísperas” y finalizando las labores del día.

Almorox es un pueblo de origen árabe cuyo nombre significa “Los Prados”. Sus ubérrimas vides se entrelazan con las no menos frondosas de San Martín de Valdeiglesias, formando entre ambas una comarca vinatera, cuyos caldos tienen una excelente calidad. Tiene una rica y feraz vega regada por el Alberche y unos pinares frondosos que desde las colinas de Gredos, vienen a refugiarse en la hondonada. Las calles son blancas como reminiscencia de su pasado moro. La plaza, en cambio es muy castellana, con buenas rejas de forja, y en su centro, destaca la esbeltez de una bien labrada picota del siglo XVI. Completaremos el panorama, aludiendo a su magnífica iglesia de gusto plateresco.

El ciego, palpando el racimo en su tamaño, en un arranque de hipócrita liberalidad, decide compartirlo con Lázaro este, que a lo largo de las muchas jornadas andadas desde Salamanca, “ya tiene un pelo más que el diablo”, piensa y no sin razón que se hubieran amostado en el fardel, “como suelen ir los cestos mal tratados”, frase que más arriba hemos citado atribuye la generosidad a este hecho, amén de que quisiera contentarle pues “aquel día me había dado muchos rodillazos y coscorrones”. El conocido episodio del racimo de uvas pone una vez más de manifiesto, como la singular pareja iban de pillo a pillo.

Poco más que este hecho debió sucederles en Almorox. Limosnearían de puerta en puerta, el ciego recitaría sus oraciones, e incluso haría uso de sus conocimientos médicos. “Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayo, males de madre”. Lazarillo seguiría con sus rapacerías, trocando las blancas por medias y pocos días después harían “San Juan”.

Lazarillo y el ciego en Escalona.

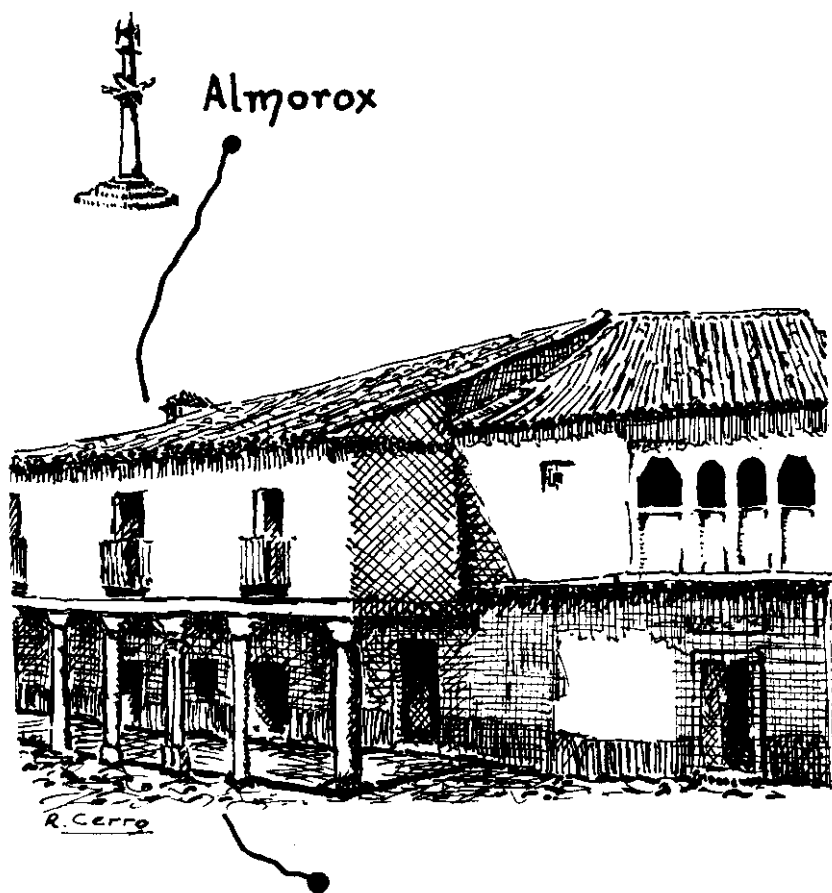
Escalón de la sierra, la vetusta Ascalona de los judíos, según tradición y leyenda, albergó durante muchos años a los descendientes de la tribu de Simeón. Villa toledana de rancio abolengo, solar de nobles e hidalgos, mudo testigo de una de las más apasionantes páginas de nuestra historia medieval. En ella, D. Alvaro de Luna, Condestable de Castilla y privado del rey D. Juan II, mandó edificar un magnífico castillo que emulaba con su grandeza las más ricas mansiones palaciegas de la época. Escenario de pomposas fiestas y saraos donde reinaban los siete pecados capitales, más toda esta grandeza alcanzó su final cuando D. Juan II ordenó decapitar a su valido en Valladolid.

Después del trágico fin del Condestable, el castillo pasó a ser patrimonio del Marquesado de Villena y, si bien dejó de ser emporio de las pompas del siglo, no termina ahí su interesante historia. Parece ser que el castillo de Escalona por aquel entonces era un foco de “alumbrados” y erasmistas, que tenían reuniones literarias por Juan de Valdés encabezadas.

Después de estas disquisiciones acerca del castillo, acaso un poco fuera de nuestro cometido, pero que hemos hecho como nota ambiental de tiempo y lugar en torno a la llegada del ciego y su mozo a Escalona, vamos a referirnos a la estancia de ambos en ésta. Llegaron tras no muy larga jornada desde Almorox. Al llegar a la villa les saldría al paso la plaza, netamente castellana, de la cual perduran algunos soportales y casas señoriales de amplios voladizos sostenidos por recios postes berroqueños.

La estancia en Escalona del ciego y Lázaro fue sin duda más duradera que en Almorox, si seguimos el relato de Lazarillo. Las oraciones, los pronósticos acerca de si las preñadas traían hembra o varón, las argucias y jerigonzas del astuto ciego, debieron producir gran impacto en las buenas gentes de la villa. El hecho es que, en su deambular por las calles, colmaron el fardel de mendrugos de pan y otras provisiones, incluso fueron obsequiados con un tallo de longaniza, que más tarde tanto daño le haría a Lazarillo. Las blancas y maravedís debieron ser tan abundantes que les permitieron asentar en un mesón.

La perspicacia del ladino ciego le hacía conocer el corazón de las mujeres, hasta tal punto que elegía su parroquia entre el sexo femenino, “por hombre casi nunca le vi decir oración”. Su gran



Almorox

ESCALONA

Segunda etapa hasta Escalona, donde Lázaro abandona al ciego.

predilección eran las mujeres de baja condición social y así “reza-
ba por mesoneras y por bodegoneras y turroneiras y ramerias y
así por semejantes mujercillas”. Acaso la limosna por sus oracio-
nes y embelecos fueran de este modo más sustanciosas para la
faltriguera y el fardel.

Hechos importantes acaecen en Escalona que no podemos
dejar pasar de largo. El ciego, con su cazurrería de muchos años,
intuyendo quizás que la separación de Lázaro no está lejana, dic-
ta en esta villa toledana tres sentencias que, si bien el mozuelo no
alcanzó a comprender en ese momento por su corta edad se ve-
rían después plenamente confirmadas.

Dice Lazarillo: “Yendo que íbamos por debajo de unos so-
portales, en Escalona donde a la sazón estábamos en casa de un za-
patero, había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen,
y parte dellas dieron a mi amo en la cabeza. El cual alzando la
mano, tocó en ellas y viendo lo que era díjome: Anda presto mu-
chacho; salgamos de entre este manjar, que ahoga sin comerlo”.
Es perfectamente explicable la perplejidad de Lazarillo que, en
su corta edad no alcanza a comprender la enigmática predicción
del ciego. Así dice: “no vi sino sogas y cinchas que no era cosa
de comer”.

Siguiendo el relato, el ciego determinó ir hacia el mesón, que
en el mismo soportal estaba y, tanteando el muro “a la puerta
(del mesón) había unos cuernos en la pared, donde ataban los
recueros sus bestias”. Asido a uno de ellos, el sagaz invidente dicta
la segunda sentencia: “Calla, sobrino, que algún día te dará este
que en la mano tengo alguna mala comida o cena”. Según propia
confesión, el mozuelo, al igual que antes, se queda “a buenas
noches”.

Se acogieron al mesón, donde la mesonera gustaba mucho de
la oración de la “Emparedada” “y donde pluguiere a Dios nunca
allá llegamos, según lo que me sucedió en él”, comenta Lázaro.
El suceso es harto conocido como para detenernos en él. Después
del trueque de la longaniza por el nabo, viene la subsiguiente pa-
liza que propina el ciego al rapazuelo, y la curación con vino, de
las heridas inferidas a Lazarillo. A este propósito surge la tercera
sentencia del ciego: “Si hombre en el mundo ha de ser bienaventu-
rado con vino, que serás tú”.

Con la intervención de la mesonera y arrieros que en la coci-

na estaban, aparentemente los ánimos se apaciguaron, pero la concordia que hubiere de reinar entre amo y criado, ha sido definitivamente rota por la violencia y da paso al rencor. Lazarillo dolido, sorbiéndose las lágrimas, rumia su venganza, y pronto se le vino a la mano la ocasión.

Les debieron pintar bien las cosas en Escalona y ser abundantes las dádivas, ya que después de varios días de estancia, no pensaban “hacer San Juan”. La noche anterior había sido muy lluviosa y así continuó durante el día, por esta razón sólo limosneaban por las casas que se guarecían bajo los soportales. El pavimento de la plaza estaba encharcado, incluso en algunos declives el agua acumulada formaba verdaderos arroyos, “más como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy profiada y cuanto la noche más cierra, más recia. Acojámonos a la posada”. Lázaro ve llegado el momento de su venganza; con la excusa de cruzar un arroyo para ir a la posada, coloca al ciego frente a uno de los postes que sostiene los saledizos y le insta a saltar. El final nos lo cuenta Lazarillo con estas palabras: “y cayó para atrás medio muerto y hendida la cabeza”. Ante lo acaecido, nos dice Lázaro: “en los pies de un trote”, tomó la puerta del cabo, que perfora la muralla y salió de Escalona hacia Torrijos y continúa: “No supe más lo que Dios de él hizo ni curé de lo saber”.

Lazarillo y el Clérigo de Maqueda.

¿Qué camino siguió Lazarillo hasta llegar a Torrijos? Desconocemos las redes viarias de entonces, pero no creemos aventurado el suponer la existencia de caminos de herradura o vecinales, o veredas que enlazaran unos lugares con otros. Y esto sentado, quizás algún rústico campesino encontrado en su desaforada carrera, le encaminara hacia Hormigos, como camino más corto a Torrijos.

“Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda”. Este recorrido ya parece más claro, haciéndolo por Caudilla y Val de Santo Domingo. La inseguridad de Torrijos, de que habla Lazarillo, parece perfectamente explicable. En la época de Lazarillo, Torrijos podía considerarse cabecera de la comarca con días semanales de mercado. Allí acudían los lugareños de Alcabón, Hormigos, Val de Santo Domingo, Caudilla y Novés, a proveerse de viandas, frutas, verduras, chacinas y dulcerías. Así mismo se mercaban vestidos, aperos de labranza, atalajes y

demás artículos de talabartería. Entre tan variopinta multitud congregada en Torrijos, es lógico que Lazarillo temiese encontrar algún testigo presencial del mal suceso de Escalona y que, prudentemente, se acogiese a Maqueda.

Maqueda es una pequeña villa toledana, hundida en una hoya de terreno, custodiada por un magnífico castillo, que por aquel entonces pertenecía a D. Gutierre de Cárdenas y cuyo señorío se extendía hasta Quismondo y Portillo, con buenos viñedos y tierras de pan llevar. Estuvo en tiempos cercada de murallas defensivas, acaso como vanguardia del castillo, pero en la actualidad sólo queda de ellas algún lienzo desmoronado y la Torre de la Vela. Como signo jurisdiccional de rancio abolengo, centra su plaza una bien tallada picota.

Paseando por las calles de Maqueda su lacería, limosneando de puerta en puerta, Lazarillo dice: “me toparon mis pecados con un clérigo, que llegando a pedir limosna, preguntó si sabía ayudar a misa. Yo le dije que sí, como era verdad. Que, aunque mal tratado, mil cosas buenas me enseñó el pecador del ciego, y una de ellas fue esa”. No debió pasar desapercibido para el clérigo el avisado ingenio de Lazarillo, y así debió pensar haber encontrado un buen mozuelo que le ayudara en su cometido como acólito y cuidara de su menguada hacienda. El hecho es que “el clérigo me recibió por suyo”.

Regocijado y ufano debió quedar Lazarillo con el encuentro de su nuevo y segundo amo, avizorando en lontananza que había resuelto su mal llevada vida. Sin embargo, la realidad fue muy otra; pronto se desvanecieron sus esperanzas y dice: “pues escapé del trueno y me metí en el relámpago”.

Lázaro no da rendida cuenta de la lacería del clérigo, en cuya rectoral “tenía un arcaz viejo y cerrado con una llave, la cual traía con una agujeta atada al paletoque”. En este arcaz, guardaba los bodigos de la ofrenda, los cuales tenía contados. El mobiliario, a tono con tan mísero propietario, a más del arcaz, sólo contaba con una cama de no muy mullido colchón, un remendado alfamar o cobertor y una mesa sobre la que comer el menguado condumio; Lázaro dormía en el suelo sobre unas pajas.

“Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar”. La carne la debía cocer por dos razones, una por no gastar aceite en condimentarla y otra porque el deslavazado caldo servía



Maqueda y el clérigo, nuevo amo para Lázaro.

junto con un roído mendrugo de pan y un cuarto de cebolla, como ración diaria para el famélico acólito.

Además de los viernes, también los sábados eran días de ayuno en los reinos de España; sólo en Castilla se dispensaba el ayuno del sábado sin contravenir la Liturgia. A este propósito, nos dice Lazarillo: “Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que le costaba tres maravedís”. En otros lugares comíase pestorejo y asaduras. En la Mancha, eran los “duelos y quebrantos”, (huevos fritos con torreznos), que consumía los sábados D. Quijote, según nos refiere Cervantes. La cabeza de carnero, “la cocía y comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía y dábame los huesos roídos”, y aún decía a Lazarillo, “mejor vida te das que el Papa”.

El trocar las blancas por medias, que tan bien se le daba con el ciego, ahora no le valían sus habilidades, “cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía que no era de él registrada. El un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos”. “Cuántas blancas ofrecían tenía por cuenta”.

Con inaudito cinismo trataba de disfrazar su avaricia ante el pilluelo con sentencias al caso. “Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber y por esto yo no me desmando como otros”. Galana virtud si así fuera en verdad, “más el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezábamos, a costa ajena comía como lobo y bebía como un saludador”.

Lázaro nos dice, que en los seis meses que duró su estancia en Maqueda, sólo murieron veinte personas, lo que supone veinte días de buen comer y beber. Lázaro en vista de lo cual, “deseaba y aún rogaba a Dios que cada día matase el suyo”. Hay que añadir la celebración del santo o advocación mariana de alguna cofradía, que permitía el hartazgo eventual para salir adelante de su familiar existencia.

A este propósito citaremos por honda raigambre en Maqueda, la celebración a finales de abril de la festividad de la Virgen de los Dados. Sin la fastuosidad levantina de los festejos de “Moros y Cristianos”, acaso más cerca de los Autos Sacramentales, se conmemora la derrota del último rey godo en Guadalete, con una fiesta que tiene lugar junto a los muros y torreones del castillo. Hay un simulacro de batalla entre el bando cristiano y el sarraceno, que

pierden los cristianos, sigue una segunda batalla que pierde la morisma, el empate se resuelve en una partida de dados que siempre ganan los cristianos, convirtiéndose los moros al cristianismo y termina el festejo acompañando todos a la Virgen en procesión hasta la iglesia.

Con un poco de fantasía podemos imaginarnos al mezquino clérigo revestido de capa pluvial, con la andorga bien repleta de carne, vino y pan, y junto a él al satisfecho Lazarillo, de roja sotana y blanco roquete goteado de cera, balanceando el incensario con acompasado y rítmico vaivén.

Harto conocidas son las diversas tretas que utilizó Lazarillo para hurtar los bodigos de la ofrenda al mendaz párroco, pero bien es verdad que con escaso éxito. Fue la última la de conseguirse una llave para abrir el arcaz con el auxilio de un calderero que a la sazón pasaba por Maqueda. “Tío, una llave de esta arcaz he perdido, y temó que mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en esas que traéis hay alguna que lo haga, que yo os pagaré”. Había una que abría perfectamente, Lazarillo se quedó con ella, y en pago dio al calderero un bodigo. Por unos días Lazarillo pan a placer, pero el ardid pronto fue descubierto por el mezquino clérigo y terminó con un tremendo garrotazo en la cabeza del infeliz picaruelo. Fue curado con hilas, ceratos y vendas, e incluso “a esta hora entró una vieja que ensalmaba”.

Siguiendo el hilo de nuestro relato, diremos que, a continuación del episodio narrado, Lázaro fue despedido, “Lázaro: de hoy eres más tuyo y no mío. Busca amo y vete con Dios. Que no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego”.

IV.- LAZARILLO DE TORMES EN TOLEDO.

Dejamos apuntado anteriormente que desconocemos los caminos de la época, pero podemos aventurar, aún moviéndonos en el terreno de la hipótesis, que Lazarillo no pudo dirigirse desde Maqueda a Toledo a campo través. Necesitaba la “ayuda de las buenas gentes” y por tanto debió limosnear de pueblo en pueblo. Así pues, saldría de Maqueda a Val de Santo Domingo, para desviándose por Caudilla y Barciencia llegar a Villamiel de Toledo. Desde

aquí cruzando el puente sobre el río Guadarrama, enfilaría hacia Toledo.

Las cuestaciones limosneras por estos pueblos y aldeas debieron ser sustanciosas en trozos de pan, tocino y frutas, amén de algunas blancas y maravedís, por eso Lazarillo les llama “buenas gentes” a estos lugareños.

En su fatigoso caminar es probable que se acercara en demanda de una limosna al poblado judío de Darrayel, que estaba ubicado junto a un manantial de abundantes y salutíferas aguas. Este poblado, formado por judíos perseguidos de Toledo, debió ser numeroso ya que de su fonsario o cementerio se recogieron algunas lápidas funerarias que permanecieron en el Museo Arqueológico de Toledo, hasta ser trasladadas al actual Museo Sefardí toledano. Pasado el tiempo fue abandonado por sus moradores y totalmente destruido. Su situación se puede señalar en la actualmente denominada Venta del Hoyo, que hasta hace poco fue balneario.

Antes de entrar en Toledo es probable que visitara la ermita de Santa Susana, en demanda de un “de por Dios”. Estaba esta ermita situada en los alrededores de la actual Venta de la Esquina, en el lugar marcado por una cruz de piedra. A su demolición, el Ayuntamiento se hizo cargo de dos cuadros que en ella existían, representando a San Francisco y a Santa Clara.

La llegada de Lázaro a Toledo debió tener lugar en la primavera, a principios de mayo. Sabemos que con el ciego llegó a Almorox próximamente hacia octubre, debiendo parar muy poco en este lugar, si añadimos los diez o doce días en Escalona, más los seis meses que estuvo al servicio del clérigo de Maqueda, no es difícil conjeturar que, en la fecha apuntada se encontraría Lazarillo frente a las murallas de Toledo.

En verdad, debió ser poco triunfal la entrada en la Ciudad Imperial, con la cabeza entrapajada con tiras de lienzo y emplastos. “De esta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco con la ayuda de las buenas fentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, dende ha quince días se me cerró la herida”.

Lo casi seguro es que pasara por el camino de cordel, propiedad de la Mesta, por junto a las ruinas del Circo Romano y llegara a la puerta de Alfonso VI, también conocida como puerta de Bisagra Vieja. Anteriormente se había denominado postigo de la Gran-

ja por servir de acceso al barrio de este nombre, que es el que a partir del siglo XV, se denominó Arrabal de Santiago. Como recuerdo, sólo queda casi despoblada la subida a la Granja.

Mas volvamos a la puerta de Alfonso VI, donde hemos dejado a Lazarillo. Este a la sazón, contaría unos doce años, según el cómputo que realizamos. Por la calle de Alfonso VI llegaría a la Real del Arrabal; desde aquí, dos caminos se le ofrecían para llegar al centro de la ciudad. Uno de ellos, por la Puerta del Sol, también llamada de las Herrerías por asentar allí los herreros artesanos, siguiendo la calle del Torno de las Carretas para pasar la puerta de los Alarcones y llegar a Zocodover. El otro sería subiendo hacia la puerta de Bib-Al-Mardón o del Mayordomo, hoy conocida como el Cristo de la Luz, por la proximidad a la mezquita de este nombre.

Lazarillo es un extraño en Toledo, sin rumbo fijo, deambulando a la buena de Dios. Probablemente por esta razón tomaría el primer itinerario que hemos señalado por ser más concurrido. Después adentrándose por el callejón de la Lamparilla, hoy desaparecido, que comunicaba la calle de Recoletos con Zocodover, junto al soportal de los Boteros, lugar donde estaban establecidos estos artesanos de la corambre. Como nota festiva, apuntaremos que, el mencionado callejón de la Lamparilla era conocido vulgarmente como de la Bragueta, por ser mingitorio ocasional de los asiduos visitantes de las numerosas tabernas aledañas.

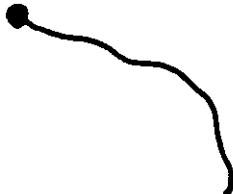
El alojamiento nocturno de Lazarillo en los primeros días debió ser uno más de los avatares de su azarosa vida. Cabe pensar que se acogería al abrigo de los cobertizos de Santo Domingo el Real, Santa Clara o de la Soledad. Acaso el arraez de alguna posada le permitiría dormir en el zaguán, sobre las sacas de los arrieros o en algún pajar.

Durante el día recorrería las angostas calles y las recoletas plazuelas, circundadas de conventos de altos muros agujereados de celosías, alternando con próceres mansiones señoriales, demandando un “de por Dios”, para atender a su sustento. También acudiría para su cotidiano yantar, a la sopa que con un trozo de pan se repartía en la Hospedería de San Bernardo, gracias a la munificencia de los monjes bernardos. Tenían éstos su monasterio fuera de la ciudad, sobre un altozano próximo a la ribera del Tajo, hacia Solanilla, puesto bajo la advocación de María del Monte Sión.

No es inverosímil suponer que, Lazarillo se acogiese también



Maqueda



TOLEDO !

Cuarta etapa del Lazarillo, su llegada a Toledo.

alguna noche bajo los auspicios de la “Ronda de Pan y Huevo”, institución benéfica que suministraba estos alimentos, como primer socorro a enfermos y desvalidos. Tal debía ser la situación de Lazarillo, hambriento, pobre y convaleciente después del desdichado suceso de Maqueda. La institución mencionada contaba con un establecimiento benéfico ubicado en la colación de San Nicolás, en la calle del Refugio, hoy denominada de los Alfileritos. Aún, hoy día, junto al cubillo de San Vicente haciendo esquina con el callejón del Abogado, luce un azulejo que nos recuerda el antiguo nombre del Refugio.

Este edificio del que venimos hablando, fue en sus inicios una posada muy celebrada y conocida, propiedad de un vecino de Colmenar de Oreja venida a Toledo, que servía de albergue a los arrieros que entraban por la puerta de Alfonso VI, subían por la del Cristo de la Luz, y que probablemente eran muchos, pues la citada puerta de Alfonso VI, desde el siglo XV, estaba desgravada por el Ayuntamiento del derecho de portazgo. Esta posada fue adquirida por dos vecinos de Toledo, Francisco de Zalamea y Jerónimo de Madrid, que llevados de su caridad, rondaban juntos las noches recogiendo enfermos y desvalidos, y en unas parihuelas los llevaban a la casa del Refugio, para instalarles en un modesto pero cómodo lecho, amén del socorro alimenticio que dejamos apuntado y que dio nombre a tan singular Ronda. Esta pequeña historia está plasmada en un cuadro de Luis Tristán, “La ronda de pan y huevo”, y que hoy se encuentra en el Museo de Santa Cruz.

Después de algún tiempo, por causas que desconocemos, todo esto pasó a los Racioneros de la Catedral, que cambiaron la finalidad de la fundación y la destinaron a recoger “doncellas frágiles”, permaneciendo éstas en el Refugio hasta salir de su comprometido trance, asistidas por un médico, una familia de buenas costumbres y un capellán.

Otro albergue de desvalidos era el hospitalito de San Ildefonso, del que aún se conserva la humilde pero graciosa fachada de su capilla, en una rinconada de la calle del mismo nombre. Ulteriormente se dedicó solamente a recoger mujeres pobres y otras de dudosa condición para ser atendidas tanto en sus necesidades corporales como espirituales.

¿Por qué no pensar que alguna vez se allegó Lázaro a la Catedral, a la puerta del Mollete, a recibir la limosna que diariamente

en ella se distribuía? En panes o molletes de media libra de peso, se invertían al año seiscientas fanegas de trigo que costeaban, a terceras partes, el Arzobispado, la Obra y Fábrica y el Cabildo. Sin duda, por ser de mucho tránsito el lugar, esta puerta de la Catedral era la más limosnera; en época no muy lejana aún se veían los siete escalones que median entre el claustro y la calle, ocupados por mendigos limosneando.

Pese a estos alojamientos y comedores de los que, como vemos, abundaban en la ciudad, dadas las necesidades de la época, la convalecencia de Lázaro debió ser muy penosa. Las buenas gentes, que nunca faltan compadecidas de su lacería, su mal criada adolescencia incipiente, su cabeza vendada, la estampa del hambre pasada durante seis meses con el avaro clérigo de Maqueda, reflejada en su macilenta cara, parece que estimulaban la caridad y así dice Lazarillo “y mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna”.

Así pues, los seis meses de Cuaresma de Maqueda, ahita de ayunos y penitencias, terminaron en Toledo, en sus primeros días, con una Pascua Florida de abundantes limosnas. Pero “la alegría dura poco en casa de los pobres”; al mismo tiempo que empezaban a desaparecer hilas y emplastos de su herida cabeza, curada “con la merced de Dios”, los mendrugos de pan fueron disminuyendo, la sopa ya no calentaba su estómago, y “más después que estuve sano, todos me decían: Tú, bellaco y fallofero eres. Busca un amo a quien sirvas”.

Lazarillo y el escudero.

“Andando así discurrendo de puerta en puerta, con harto remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios con un escudero que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden”. Lazarillo había madrugado, posiblemente porque la cama no sería muy muelle, o porque el estómago vacío reclamaba bocado; o más probable aún por ambas razones. Otro tanto debió pasarle al escudero. El encuentro, según refiere el picaruelo “era de mañana”.

El contrato entre el escudero y Lazarillo no llevó muchas palabras. Miraronse entre sí, el escudero dijo, “muchacho buscas amo”. “Sí señor”, respondió Lazarillo. “Pues vente tras mí, que Dios te ha hecho merced de topar conmigo. Alguna buena oración

rezaste hoy”. Es el petulante retrato de esta clase escuderil, que trata con altanería a las gentes que en su facundia estiman de más baja condición social.

Dice Lazarillo: “Y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasabamos por plazas donde se vendía pan y otras provisiones”. En su andadura, seguramente que Lazarillo y su nuevo amo se allegaron al mercado, repeso y carnicería de Santo Tomé, ubicado al final de dicha calle, en la plazuela de San Antonio. Este mercado no se limitaba sólo a la carne, sino que también se expendían frutas, verduras y pan. Los tenderetes estaban además de en la plazuela; repartidos por las calles colindantes: callejón de Naranjos, embocadura de la calle del Angel y callejón del Abecedario, así llamado porque las casas no estaban numeradas, sino signadas con las letras del abecedario. Más tarde se denominó callejón de Bodegonos, nombre con que se le conoce actualmente. En la puerta principal del mencionado mercado, y sobre la misma, existía un balcón-capilla, donde se celebraba misa los días de precepto para que pudieran oír la vendedores y parroquianos, suspendiéndose las transacciones durante el Oficio divino.

En el dilatado caminar por calles y plazas toledanas, que duró tres horas, según nos cuenta Lazarillo, visitarían también otro mercado más modesto, el de las Tendillas de Sancho Minaya o Bienhaya situado en esta plazoleta y extendiéndose por la calle de Esteban Illán hasta el hospital de la Misericordia. Junto a este mercado estaría el taller del zapatero remendón toledano, padre de la Tolosa, moza de partido, que calzó una espuela a D. Quijote, al ser armado caballero en una venta de la Mancha.

Aún nos referiremos a otro mercado más modesto, cuya parroquia la componían alfareros, azacanes, cabestreros y caldereros, situado en el Arrabal de Santiago.

Hemos dejado para el final, referirnos al que denominaremos central, situado en la plaza Mayor, en un entorno urbano formado por la Cárcel de la Hermandad, el Mesón de la Fruta, la Casa de la Carne y de la Harina y Pescadería. Este conjunto que mencionamos, se fue demoliendo poco a poco excepto la Cárcel de la Hermandad.

El Mesón de la Fruta, que además de ser asiento de la misma, servía como alojamiento de arrieros y trajinantes, tenía un gran patio, en el que las fiestas de Navidad y Corpus, se representaban

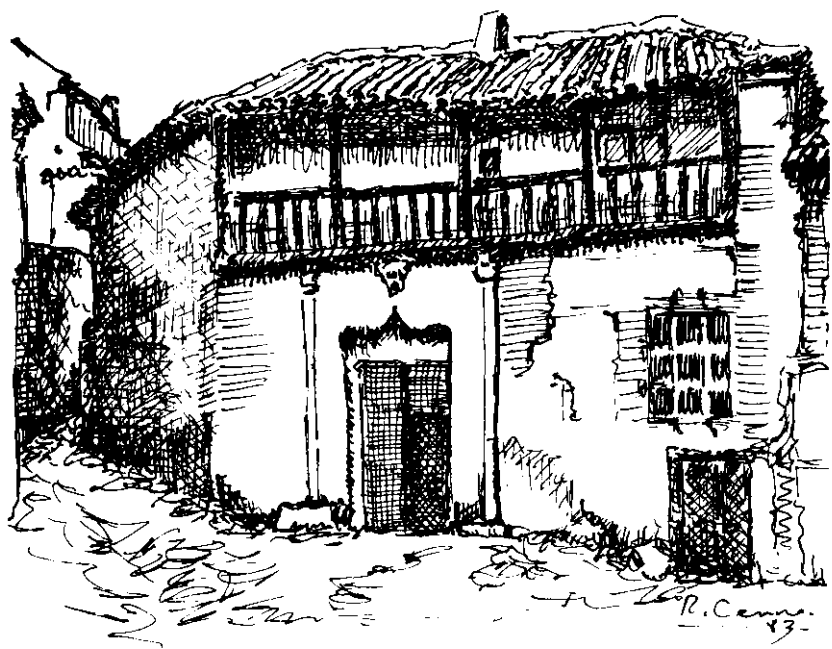
comedias y autos sacramentales, sirviendo pues, como corral de comedias. Sobre el solar de este mesón, en 1878, se edificó el actual Teatro de Rojas, así denominado en honor del ilustre dramaturgo toledano, quedando su estructura muy similar a la actual, aislado de las demás edificaciones por la Cuesta de la Mona, la Escalerilla de la Magdalena y calle del Coliseo.

El solar que ocupa actualmente el Hospital del Rey, lo ocupaba la casa de la Harina y la Pescadería. En la primera se fabricaba el pan para las clases acomodadas de la ciudad. Las clases humildes amasaban el pan en sus propias casas, llevándolo a cocer después a los hornos del callejón de Panaderos, cuesta y calle de la Tahona, cuya toponimia se conserva en la actualidad.

Como decíamos anteriormente, este conjunto urbano se fue remodelando poco a poco, y sólo se salvó de la piqueta, la Cárcel de la Hermandad, que conserva en nuestros días su primitiva edificación, que data probablemente de la época de los Reyes Católicos, a juzgar por el escudo que adintelaba su puerta. Esta Hermandad tenía como misión, evitar y perseguir los robos y desafueros que eran tan frecuentes en los Montes de Toledo.

Más es hora de que volvamos con Lazarillo y el escudero, su recién estrenado amo. Nos imaginamos al atónito mozuelo mirando las maravillas comestibles de los mercados que, con el hambre a flor de piel multiplicaría por cien las delicias en su imaginación. Por eso dice: “Yo pensaba y aun deseaba, que allí me quería cargar de lo que se vendía” pero el escudero, “muy a tendido paso pasaba por estas cosas”. “Por ventura no lo ve a su contento”, pensaba el infeliz rapazuelo, “querrá que lo compremos en otro cabo”. Posiblemente, contemplando el porte de el escudero, pensó que otros sirvientes ya habrían hecho la compra y esperaban en la casa la hora de yantar, “tal como yo lo deseaba y aún lo había menester”. Pero como veremos más adelante, Lazarillo se quedaría una vez más a “buenas noches”.

Apuntábamos más arriba, que el último mercado que debieron recorrer sería el Central. Fundamentamos nuestra hipótesis en el hecho de ser el más próximo a la Catedral, que Lazarillo dice “Iglesia mayor”. Por algún callejón, probablemente por el de los Cajeros, o el de los Gorreros, desaparecidos al edificarse la Capilla del Sagrario en tiempos del Cardenal Sandoval y Rojas, entraron por la puerta del Reloj a misa de once. Así dice Lazarillo, “se



Casona gótica desaparecida en las proximidades del Barco Pasaje.

entró en la iglesia mayor y yo tras él, y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos”.

El mercado del “Martes”.

Dejamos al escudero y a Lazarillo oyendo misa en la Catedral y vamos a ocuparnos, acaso saliéndonos un poco de nuestro asunto, de este tradicional mercado toledano de añeja raigambre, que aún perdura floreciente.

Data este castizo mercado de la época de Enrique IV, que en una pragmática real dice: “Don Enrique, el cuarto de este nombre, Rey de Castilla, de León, de Toledo, concede en Toledo a veinte y un días del mes de abril, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Christo de mil y cuatrocientos y sesenta y cinco, privilegio de Mercado a la Ciudad, en escrito del, Secretario de nuestro señor el Rey, Alfonso de Badajoz, la hizo escribir por su mandado”.

Este privilegio fue posteriormente refrendado por los Reyes Católicos a través de Alfonso Avila, en la villa de Olmedo a tres de marzo, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Christo de mil y cuatrocientos y setenta y cinco.

Los tenderetes marteños se instalaban todos los martes del año en la calle de la Chapinería hasta la Alcaicería (hoy Cuatro Calles) y se extendían por la Obra Prima (actualmente Martín Gamero) donde asentaba el gremio constituido en 1533 por zapateros de más burda labor que los chapineros. La gran afluencia de los pueblos aledaños de Toledo, hacía que el mercado no se limitará al recinto ferial de la Chapinería, sino que se beneficiasen del mismo los jubeteros, calceteros y joyeros de la calle Ancha, los plateros y cereros de la plaza del Solarejo, los tenderos de la desaparecida Escalinata del Alcaná y los esparteros de la Espartería Vieja, hoy cuesta de Pajaritos.

No debió perdurar mucho tiempo este mercado en la zona de la Chapinería, dado lo reducido del recinto, incapaz de contener una multitud tan numerosa de un público abigarrado y variopinto, de lugareños de Burguillos, Nambroca y Ajofrín, compradores y vendedores de Bargas, Polán y Guadamur y aún de lugares más apartados como Olías del Rey y pueblos de la Sagra. Por esta razón, suponemos que muy pronto sería trasladado a Zocodover.

La primitiva plaza de Suk-al-dawad, o “mercado de las bestias”, a la que ya los mozárabes, por corrupción del lenguaje llama-

ban Cocodoeb, estaba llamada a ser asiento de los “Martes”, desplazándose el ferial de ganado a la plaza de la Concepción, donde lo hemos conocido hasta mediado el siglo.

En el Zocodover que conoció Lazarillo, ya debía haber algunos soportales diseminados por la plaza, aunque las primeras noticias que de ellos se tienen datan de 1593; sin embargo, datos de la estructura similar a la actual sólo se tienen a partir del siglo XVIII, en que las fachadas son conocidas con el nombre de los soportales; los comprendidos entre la calle Ancha y Barrio Rey, se denominaban de la Vidriería, los Portales de Peso Real a los que se extienden desde Barrio Rey a la Cuesta del Alcázar, que se unían por un arco a los Portales de la Sangre de Cristo, y por último, el de los Boteros, junto al callejón de la Lamparilla de que ya hablamos más arriba.

La miseria dorada.

Dice Lazarillo: “Cuando todo fue acabado y la gente ida, entonces salimos de la iglesia”. Por el camino seguido por amo y criado, que más adelante comentaremos, nos inclinamos a pensar que la salida la hicieron por la actual denominada puerta Llana, primitivamente de las Carretas, posiblemente por ser la que sirvió de acceso a las que portaban los materiales de construcción, pues es la única que no tiene escalones. Más tarde se denominó de la Oliva, por haber un olivo plantado cabe la entrada. También en otra época se la conoció como puerta del Deán, porque por ella entraba y salía esta dignidad eclesiástica, hacia su casa del Deanato situada enfrente, hasta la desamortización de 1841. Actualmente, sobre el solar está edificado el palacio de Justicia. El aspecto actual de la puerta Llana, data de 1806, siendo arzobispo el Cardenal Infante D. Luis María de Borbón.

Por idénticas razones topográficas, también pudieron efectuar la salida por la puerta de la Alegría, consagrada a la Asunción, y que adopta su denominación por la alegría y el contento que muestran los ángeles y santos que la ornan. Actualmente es más conocida como puerta de los Leones, por alusión a los que rematan los pilares del atrio.

La hipótesis de la salida por cualquiera de estas puertas, la basamos en el propio testimonio de Lazarillo: “A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo”. Sólo por los accesos

mencionados, situados ambos en la fachada del Mediodía, se puede ir “por una calle abajo”. Esta calle bien pudo ser la badaja del Pozo Amargo, el callejón del Vicario o la calle del Barco. Queda el callejón de San Pedro pero carece de salida. Por razones que más adelante aduciremos, nos aventuramos a pensar que por la calle del Barco, “a buen paso tendido”, enfilaron hasta la plaza de la Bellota, pasada la cual la calle que continúa se denomina bajada del Barco hasta las márgenes del río. Precisamente en esta bajada creemos que puede situarse la casa de “entrada oscura y lóbrega”, que nos dice Lazarillo.

El iluso mozuelo, en su ingenuidad nos comenta: “Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo que se proveía por junto y que la comida estaría a punto tal y como yo la deseaba y aún la había menester”.

El reloj de la Catedral marcó la una, después del mediodía. A Lazarillo debieron empezar a desvanecerse las ilusiones y esperanzas que se había forjado, cuando al llegar a la casa, comprobó que era vieja, que tenía un patizuelo de no muy grandes dimensiones y unas cámaras, más todas ellas estaban desmanteladas, sin muebles de ningún género, salvo una cama ruin con un colchón de escasa lana y un alfamar mugriento y deshilachado, ni señales en ella de que hubiera ser viviente alguno, ni tan siquiera “tal arcaz como el que poseía el cura de Maqueda”.

Trabaron conversación y el escudero trató de averiguar la vida y milagros de Lazarillo, así como la causa que le había traído a Toledo. Lázaro contestó con discretas razones, contando lo que así convenía y ocultando lo que pudiera rebajarle ante su nuevo amo, que tanto se preciaba de dignidad.

Entraron después en un prolongado silencio, que sólo se rompió al preguntar el escudero a Lázaro si había comido. Ante la respuesta negativa, la mentira pronta: “Pues, aunque de mañana yo había almorzado y cuando así lo hago, hágote saber que hasta la noche me estoy así”. Lázaro, viendo que la hora era pasada, que sus tripas demandaban un sustento y que en la desmantelada casa no había de qué darlas, sacó de entre su mugrienta camisa unos trozos de pan, restos del día anterior y que eran de los “de por Dios”. El escudero tomó uno, alabándolo tanto, porque parecían amasados por “manos limpias” y se lo engulló en un amén Jesús.

La tarde la pasó Lazarillo rumiando su adversidad y mala fortuna, en tanto el escudero parecía medir la superficie del patizuelo con grandes zancadas. En tanto, Lazarillo filosofaba: “Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera”. De la noche, más vale no hablar.

Al igual que sus anteriores amos, el ciego y el clérigo de Maqueda, este escudero alababa la continencia en el comer. Escuchándole hablar del alargamiento de la vida con el escaso yantar, Lazarillo debió pensar que a este paso iba camino de ser imperecedero.

Llegada que fue la mañana, el escudero, bien acicalado, como correspondía a su buen talante, estampa y alcurnia, se ciñó la espada como cumplido caballero y salió a la calle, no sin antes advertir: “Lázaro, mira por la casa en tanto voy a misa”, “y ve por la vasija del agua al río, que aquí bajo está”.

En esta frase del escudero, basamos nuestra hipótesis de la casa “oscura y lóbrega” que debía estar en la bajada del Barco. Tanto la bajada del Pozo Amargo como el callejón del Vicario, que antes hemos mencionado carecen de acceso al río, en cambio la bajada del Barco, llega a la muralla que circundaba Toledo por esta parte. De la misma, aún quedan restos de un torreón y unos lienzos de muralla por debajo de las Carreras de San Sebastián, que entonces debía ser paseo de Ronda.

Al terminar la bajada del Barco, había una puerta que perforaba la muralla, la puerta del Hierro, cuya finalidad era dar salida a las aguas de lluvia procedentes de la plaza Mayor, Cerro de la Leña (actualmente Cuatro Tiempos) que, bajando por la calle del Barco, confluyen en la Plaza de la Bellota con las venidas de las bajadas de la Tripería y San Justo, para seguir la bajada del Barco a la que se suman las de la plaza de la Revuelta y callejón del Pitote, para salir al río. La mencionada puerta del Hierro no tenía carácter militar, no obstante, tenía una torre de defensa, la Torre de los Molinos. Por esta puerta parece ser que entraron los refuerzos militares que desde Ajofrín, vinieron a defender la Catedral, cuando en el siglo XV, hubo reyertas entre cristianos viejos y conversos.

A poco más de un tiro de piedra en el mismo lienzo de muralla, había otra puerta, la de Al-Dabbaggin, que significa de los Curtidores, por ser utilizada por estos artesanos para ir a las Tenerías. Al igual que la del Hierro, esta servía de cauce hasta el río de las aguas pluviales procedentes de Santa Ursula, cuesta de la

Reina, San Bartolomé, Cristo de la Parra, Corral del Ciego, hoy desaparecido al construirse el Seminario Mayor y plaza de Santa Catalina, que tomaban como cauce la bajada de San Sebastián.

Quizá Lazarillo, en más de una ocasión, bordeando la muralla entrara por esta puerta de Curtidores para subir a Santo Tomé. De paso limosnearía por los conventos de la Reina, Santa Ursula y San Miguel de los Angeles, acaso se alargara en su andadura hasta el callejón de Bodegones, donde como su nombre indica eran abundantes y económicos. Allí nunca faltaría un hueso de chuleta mal roído, algún trozo de queso ratonado o los restos de un mondongo con morcilla que alguna bodegonera de buen sentir le depararía, conmovida de verle tan famélico y desamparado.

Siguiendo el hilo del relato, diremos que una vez marchado el amo, tomó el jarro y bajó al río, “donde en una huerta ví a mi amo en gran recuesto con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta”. En estas tretas, dice Lazarillo: “Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné”, “sin ser visto de mi amo, torné a casa”. Inútilmente esperó a su amo, y cuando el reloj de la Catedral marcó las dos después del mediodía, cerró la puerta de la casa, puso la llave en el sitio que el escudero le había indicado, y “con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y lengua en su nombre, comienzo a pedir por las puertas y casas más grandes que me parecieron”.

Lazarillo, que había aprendido muchos de los ardidés del ciego en el arte del limosneo, “con baja y enferma voz”, en dos horas de recorrido ya había engullido buena cantidad de pan, amén de que su camisa y mangas, que de fardel le servían, iban repletas de mendrugos. Al sonar las cuatro de la tarde determinó volver a la casa. Más esta vez, al llegar a los Cuatro Tiempos, no tomó el camino de la calle del Barco, sino que se fue por la calle de la Tripería, y al pasar por una de las tiendecillas donde se expendían despojos, una buena tripicallera le dio como limosna un trozo de uña de vaca y unas tripas cocidas. Todo regocijado se dirigió a la plaza de la Bellota y enfiló hacia su desangelada casa de la bajada del Barco.

“Cuando llegue a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella”. Al entrar el escudero le espetó con suficiencia: “Pues esperado te he a comer, y de que ví que no viniste comí”. Sin apartar la vista

del halda de Lazarillo, en donde estaban presentes la uña de vaca, las tripas cocidas, amén de buenos pedazos de pan, con énfasis le dice al lacerado el escudero: “Solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra”.

No cabe sino reseñar la tremenda distancia que separa moralmente a Lázaro del escudero; este haciendo alarde continuamente de grandeza, honra y honor y el infeliz pordiosero, hijo de padre ladrón y madre prostituida que ha sufrido tantos reveses en la vida a cambio de menguadas limosnas. Lázaro viene en los albores de su adolescencia, andando de Salamanca a Toledo, sin más techo que el cielo para dormir en muchas ocasiones y, sin embargo, bien quisiera invitar a su amo, porque sabe que no ha comido, y así se lo dicta su conciencia, a tan precario banquete. Si no lo hace es por respeto y discreción.

El escudero, perdida la vergüenza, se invita sólo. El hambre le hace bajar de su pedestal, y tira su honra, su honor y su altanería, ante una uña de vaca, unas tripas cocidas y unos mendrugos de pan, y simulando una alabanza le dice: “Dígame, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia, que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer que lo le pongas gana, aunque no la tenga”. Y sin más dilaciones, comparte las viandas con Lázaro, alabando la exquisitez de la uña de vaca y demás abastamentos, que aportó el desdichado golfillo.

Comentando este pasaje, D. Dámaso Alonso dice: “Lázaro va comprendiendo poco a poco la verdad de su señor. Pero en esa verdad, algo muy dulce y muy triste va invadiéndole, una creciente piedad que le aprieta el corazón. Es la primera y casi única vez, que un pícaro siente piedad”.

Lázaro tiene muy poco de pícaro y un mucho de sentimental; sus picardías, que mejor diremos picardigüelas, las hace acosado por el hambre. Si troca las blancas al ciego por medias, y si hurta los bodigos al clérigo de Maqueda, no lo hace con ánimo de lucro, sino porque le aprieta el hambre, porque contempla sus rotos vestidos, porque ve a otros mozalbetes de su edad, como juegan, van aseados y nunca les falta un pedazo de pan que llevarse a la boca.

La acción con el ciego, haciéndole dar con fuerza contra el poste de la plaza de Escalona, no es sino la reacción contra la violencia que viene sufriendo desde Salamanca. Ya comienza con el golpe contra el verraco, aumenta con el jarrazo y culmina con

la sin par paliza que recibió al trocar la longaniza por el nabo en el mesón de Escalona. Es acaso este episodio la mayor picardía de su vida, pero consideremos que fue más bien fruto de su ingenuidad.

Como las cerezas, que se engarzan unas a otras en el cesto, también las desgracias vienen nunca solas. A las ya conocidas vino a sumarse una orden del Ayuntamiento de Toledo. Estimando que el año había sido escaso de cosecha, a consecuencia de una angustiosa sequía en las tierras de pan llevar, acordó: “que todos los pobres extranjeros se fueran de la ciudad, con pregón de que el de allí adelante toparan, fuese punido con azotes”. La orden fue tajante y su cumplimiento riguroso por parte de alguaciles, corchetes y porquerones. Solo cuatro días hacía que se había dado el pregón, “vi llegar una procesión de pobres azotando por las Cuatro Calles. Lo cual me puso tan gran espanto que nunca más osé desmandarme”.

Agotada la fuente de las limosnas, único caudal que medianamente satisfacía las necesidades de la casa, nos cabe preguntar, ¿cómo medraron nuestros desheredados personajes en su penuria? Nada nos dice el libro del escudero en lo que a Lázaro atañe, Dios que da la llaga proporciona también el bálsamo para aliviarla, “a mí díeronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento”.

La artesanía de los bonetes tuvo, como otras muchas, gran predicamento en Toledo durante los siglos XVI y XVII, hasta tal punto que estos artesanos se agruparon en gremio en 1512. La industria llegó a ser tan floreciente que llegaron a contarse hasta 3.500 maestros y oficiales boneteros. A pesar de la decadencia que supuso el traslado de la Corte por Felipe II a Madrid en 1561, la industria con más o menos altibajos, continuó hasta el reinado de Felipe IV.

En la barriada de San Miguel era donde más boneteros habitaban, dedicándose sobre todo a la confección con paño; llegaron a contabilizarse 698 en dicha parroquia. Sin embargo, la fabricación estaba diseminada por toda la ciudad, siendo precisamente el barrio de Andaque, en el que moraban estas boneteras de que nos habla Lazarillo, donde con más frecuencia se tejían con hilo de algodón.

De los bonetes de paño, nos habla Cervantes en el Capítulo I de la Segunda Parte del Quijote. Nos describe al inmortal hidalgo manchego, vistiendo “una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano”, cuando le visitan el cura y maese Nicolás el barbero.

Mal que bien, Lazarillo se iba bandeando al arrimo de estas mujercillas que con él compartían el sustento. Conocidos sus ardidés, es de suponer que añadiría alguna limosna demandada en el vecino convento de San Pablo, y alguna blanca que le darían como propina por algún servicio los tintoreros que habitaban en el barrio de los Tintes al que daban nombre, que persiste en la actualidad.

La penuria del escudero se palió, al menos momentáneamente, por un secreto arcano. El hecho es que, en su exhausta bolsa se encontró con un real. No estaba acostumbrado a tal tesoro, y llegando a casa, se sintió desprendido y liberal: “Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano. Ve a la plaza y merca pan y vino y carne, ¡quebreemos un ojo al diablo!”. El asombrado y atónito muchacho no podía dar crédito a lo que sus ojos veían, máxime cuando su amo, eufórico le instaba, “ve y ven presto y comamos hoy como condes”.

“Con un trote en los pies”, como cuando salió de Escalona, Lázaro que hacía mucho tiempo que en su mano no veía tal moneda, comenzó “a subir mi calle encaminando mis pasos para la plaza”.

Pero pronto se nubló su alegría y contento: “a deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gentes en unas andas traían”.

He aquí un nuevo dato que sumar a nuestra hipótesis. Al finado le conducían “calle abajo”, por la bajada del Barco, al callejón de los Muertos de San Lorenzo. Bien es verdad que existe otro callejón de los Muertos de San Andrés, pero en vez de bajar como dice Lazarillo, habría que subir por la calle de la Vida Pobre, hacia la plaza de la Cruz Verde.

No debió impresionarle a Lázaro el simple encuentro con el entierro, ya que nos contó como había asistido a veinte, oficiando como acólito en Maqueda, y el mismo dice hasta que punto, “deseaba y aún rogaba a Dios que cada día matase el suyo”, porque comía y bebía a costa ajena hasta saciarse.

Continúa Lazarillo: “Arriméme a la pared, por darles lugar, pero venía luego a par del lecho una que debía ser la mujer del difunto, cargada de luto” y con ayes, gritos y lágrimas a raudales decía, “marido y señor mío: ¿dónde os llevan? A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben”. Ante tales razones, Lázaro pensó en sus adentros: ¡Oh desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto”. Y en una carrera que no le alcanzara un galgo, puso pies en polvorosa y salió calle abajo hacia su casa.

El escudero, regocijado por tan singular episodio, reía de buena gana las ocurrencias del muchachuelo, que, bien mirado no estaba falto de razón. Ateniéndonos a las lamentaciones de la viuda, referidas a la sepultura donde llevaban al finado marido, no se diferenciaban mucho de las condiciones de la casa que ambos habitaban. En verdad que el mozalbete no andaba descaminado.

Pasado el susto y los ánimos calmados, Lazarillo, con la color demudada y de mala gana, subió a la plaza a mercar lo encargado por su amo. De vuelta, comenzó a yantar pero en verdad ya no le apetecía mucho, después de tal encuentro.

Los siguientes días parece ser que fueron más afortunados, pues al menos, ya tenían que llevarse a la boca. Como después de bien comido parece ser llegada la hora de las confidencias, el escudero contó sus cuitas al criado. Era de Castilla la Vieja, nacido en Valladolid en noble cuna, poseedor de unos palomares derruídos y unas casas que sólo eran solar. Como su familia era de rancio abo-lengo en su tierra natal, él se veía obligado a mantener el rango a que estaba acostumbrado. Lazarillo, aún simulando credulidad, vislumbraba que estas y otras zarandajas, no eran sino producto de su imaginación.

“Estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama”. El cínico escudero, con suficiencia y empaque, “les dio muy buena respuesta: saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos y que a la tarde volvieran; más su salida fue sin vuelta. El altanero vallisoletano, el honorable escudero que tanto se pagaba de su honra, su altura de miras y la nobleza de su sangre, no pasaba de ser un vulgar malandrín.

La zarabanda que se organizó al día siguiente de la huída del escudero, fue realmente sonada. Los acreedores sintiéronse burla-

dos y recurrieron a un alguacil para inventariar los bienes. Pero allí no hubo nunca ni tapices, ni brocados, ni sedas, ni ninguna riqueza de la que sin duda se había ufano el postinero escudero. A Lazarillo quisieron prenderlo, más las buenas hilanderas abogaron por él y quedó en libertad. El alguacil reclamaba su minuta y los acreedores se negaron a pagarla. Por fin el hombre, la vieja, el alguacil y los porquerones, tomaron la casa, el colchón y el alfamar y desaparecieron calle arriba en medio de una gran zapatiesta.

Lazarillo y el fraile de la Merced.

“Las mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros”, que habían salido en defensa de Lázaro ante el alguacil y los acreedores del escudero, fueron, desde aquel día su amparo. Viéndole tan desamparado, le proporcionaron lecho y comida. También le buscaron nuevo amo. “Me encaminaron a un fraile de la Merced, al cual ellas llamaban pariente”.

Creemos interesante hacer un inciso en esta andadura que venimos realizando con Lázaro por Toledo, para hacer algunas precisiones. El convento de la Merced fue fundado en 1260 por el mercedario fray Pedro de Valencia, el cual pasados algunos años de su fallecimiento, fue canonizado como San Pedro Pascual, por sus muchas virtudes. Dejemos también sentado, por otra parte, que dicho convento fue el primero de la Orden de la Merced que se fundó en España.

Estaba situado este convento en la calle Real del Cambrón, que enlazaba sin interrupción la plaza de las Capuchinas con esta puerta de la ciudad. Actualmente esta calle está fraccionada en cuanto a denominaciones, la calle de la Merced hoy día, comprende desde la plaza de las Capuchinas a la plaza de la Merced, desde ésta a la plaza de Santa Teresa de Jesús se denomina calle Real, y desde la plaza de Santa Teresa al Cambrón se la conoce como de las Carmelitas.

A la primitiva calle Real, sacó las puertas del convento y de la iglesia, el arzobispo Tenorio, poniendo el convento bajo la advocación de Santa Catalina. Una vez abandonado el convento por los mercedarios, por la desamortización de Mendizábal, el edificio se utilizó como presidio correccional. Finalmente se derruyó y sobre

el solar se erige el actual palacio de la Diputación Provincial, en la actual Plaza de la Merced.

Del mercedario con el que vino a parar Lazarillo, después de las vicisitudes que hemos relatado, sabemos por el picaruelo, que era “gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios y de visitar”.

Aunque con diferentes miras de las que parece insinuar Lazarillo, en el relato y sin querer establecer parangón ni mucho menos, traemos aquí a colación a otro andariego mercedario, nos referimos a fray Gabriel Téllez, que inmortalizó en la Historia de la Literatura el seudónimo de Tirso de Molina. Consta documentalmente como en diversas ocasiones se asentó en Toledo y en el convento que hemos descrito; la última de ellas en 1630, como Definidor de la Provincia de Castilla. Era fraile frecuentador de parnasos en el Cigarral de Buenavista. Profundo conocedor del ambiente de la época, Tirso de Molina en sus fructíferas andanzas, pudo escribir, “Los cigarrales de Toledo”, “El burlador de Sevilla”, el “Condenado por desconfiado”, y multitud de comedias que le hicieron figura sobresaliente de nuestra dramática del siglo XVII.

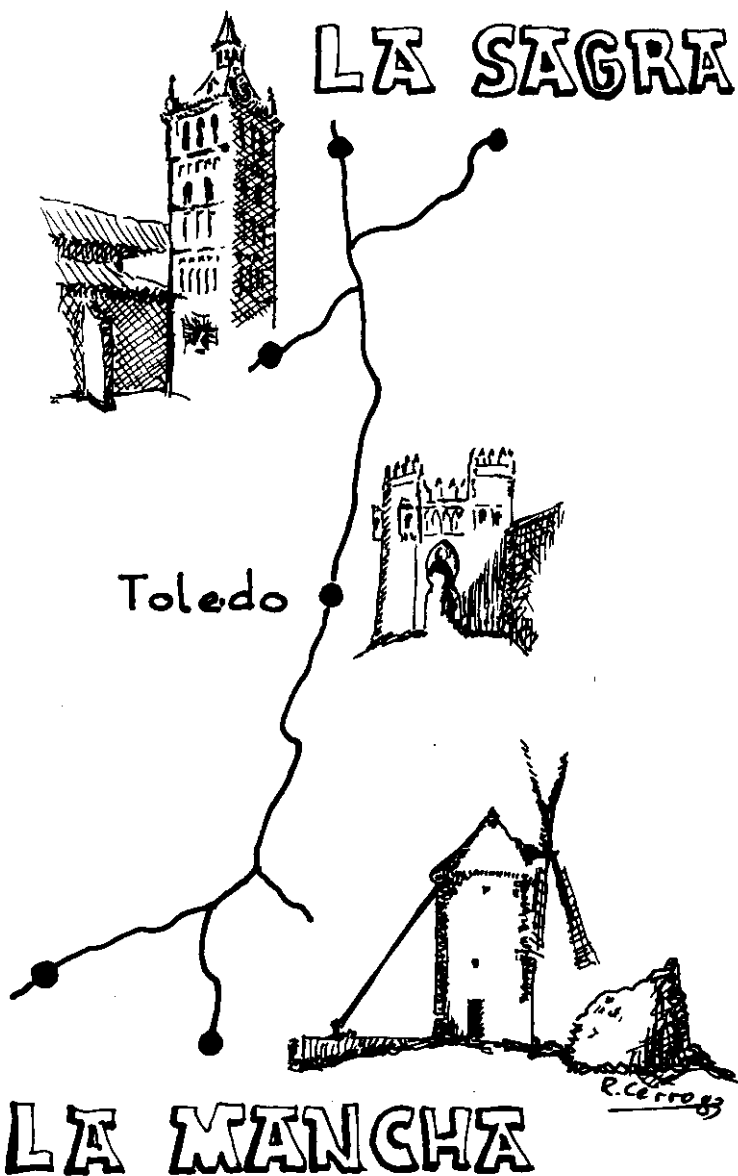
Gran diferencia como vemos, entre este insigne mercedario, también andariego y el burdo fraile que fue el cuarto amo de Lazarillo, el que nos dice: “Rompía el más zapatos que todo el convento” y aún los encontraba aprovechamiento, “este me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; más no me duraron ocho días”. Poco explícito es Lázaro contando sus aventuras en esta etapa de su vida. Incluso, concluye un tanto misteriosamente: “Y por esto y por otras cosillas que no cuento, salí de él”.

Como Lázaro asentó con un buldero.

“En el quinto por mi ventura dí que fue un buldero”, el más “desenvuelto y desvergonzado”.

La iglesia, mediante un estipendio convenido, cedía la venta de la Bula de la Santa Cruzada, a un intermediario que en nada dependía de la clerecía. Este a su vez, contratava un clérigo de palabra fácil y arrebatadora elocuencia, que incitara a los lugareños a tomar la Bula y así hacer un sustancioso negocio.

Naturalmente la vida de estos clérigos que de por sí no debían ser muy austeros y ejemplares, se desenvolvía por ventas, posadas y mesones, asiento de arrieros, mozas de partido, truha-



Itinerarios de Lázaro con el buldero.

nes y demás gente “non sancta”, que por estos lugares deambulaban. Instruido en estas escuelas de gente airada y maleante, el nuevo amo de Lazarillo, ya lo dice, “era el más desenvuelto y desvergonzado”.

La figura del buldero, como vemos, constituía un personaje peculiar de la época. Conocido también por el mal nombre de “echacuervo”, este del Lazarillo era en una pieza el expendedor, predicador y recaudador de la Bula de la Santa Cruzada. Su bribonería y astucia estaba en ganarse la voluntad y simpatía de los clérigos lugareños. Fiando en sus buenos oficios atraían a los feligreses para adquirir la Bula con que disfrutar de su comisión.

Así, aparte de los elogios ensalzando su parvedad, les hacían presentes como “una lechuga murciana”, en otras ocasiones “un par de limas o naranjas” un “melocotón, un par de duraznos” o bien “sendas peras verdiales”.

En verdad era poca cosa, pero no dejaba de ser un aliciente que mucho agradecían estos clérigos rurales un tanto alejados de la ciudad. Acaso gozaban de éstos, para ellos exquisitos manjares, tan sólo cuando caía un desvergonzado y desenvuelto buldero por su feligresía.

Si el amo de Lázaro, con su aguzada perspicacia y marrullerías, fruto de sus andanzas por el mundo del hampa, calaba que el párroco era un tanto instruido, se cuidaba muy bien de no pronunciar una palabra en latín. Por el contrario, si le notaba acazurrado, mohino y de pocas luces, “hacíase entre ellos un Santo Tomás y hablaba dos horas en latín”.

Más hora es ya de ponernos en camino con el buldero y Lazarillo, partiendo de la puerta de Bisagra, por el camino Real de Madrid, para llegar a un lugar de la “Sagra de Toledo”.

Este Tratado Quinto del “Lazarillo de Tormes”, no reviste mucho interés para nuestro empeño. En él no se fijan los lugares en tierras de Toledo, con la precisión que se hace respecto a Almorox, Escalona o Maqueda. Habla de forma desvaída de diez o doce lugares, que bien pudieron ser Cabañas de la Sagra, Yuncos, Cedillo del Condado, Yuncler, Pantoja, Alameda de la Sagra, etc., pero sin dejar constancia en sus detalles. También sin precisión habla de “otro lugar, el cual no quiero nombrar por su honra”; en el terreno de las hipótesis, puede tratarse de Illescas, villa de gran abolengo histórico, o de Esquivias, solar de hidalgos y caballeros.

Por otra parte, los embelecos y marrullerías del desvergonzado y audaz buldero ensombrecen, dejando en la penumbra, la figura de Lazarillo que, sólo en este Tratado, queda en segunda persona de la narración. Abandonando tierras de la Sagra, sabemos que se dirigieron “hasta otro lugar de aquel cabo de Toledo, hacia la Mancha que se dice”. Este lugar, bien pudo ser Quintanar de la Orden, Consuegra o Madridejos.

Lázaro, gran conocedor de triquiñuelas y embelecos, aprendidos del astuto ciego y del avaro clérigo de Maqueda, que asimila el arte del disimulo del engolado escudero y del corretón fraile de la Merced, se queda asombrado ante el buldero y el mendaz alguacil, que, saben fingir pependencias, simular crisis epilépticas y embobar a los lugareños hasta hacerles tomar como milagros las más grandes falacias. “¡Cuantos de estos deben hacer estas burlas entre la inocente gente!”, filosofa Lazarillo.

Un consuelo le queda de los cuatro meses que sirvió al buldero, “en los cuales pase también hartas fatigas, aunque me daban bien de comer, a costa de los curas y otros clérigos do iba a predicar”.

De cómo Lazarillo se hace azacán.

Sin amo y vuelto a Toledo, Lázaro asienta con un maestro de pintar panderos “para molerle los colores”. Pronto le abandona para servir a un capellán. Entre burlas y veras, unas veces, las más, con hambre y otras comiendo a placer, el muchachejo que salió de Salamanca, debe contar ya catorce años.

“Siendo ya en este tiempo mozuelo, entrando un día en la Iglesia Mayor, un capellán della me rescibió por suyo”. “Y púsome en poder un asno, cuatro cantaros y un azote, y comencé a echar agua por la ciudad”.

El problema del agua ha sido, sin duda alguna, uno de los más acuciantes que desde tiempo inmemorial ha padecido Toledo. Los intentos de solución pasaron por muy distintas fases. Se puede históricamente arrancar del acueducto romano, al que llegaban las aguas por un canal; procedían éstas de las Fuentes del Castaño y del Roble, a las que se sumaban las recogidas en la falda de la dehesa de Alcantarilla y de las vertientes del Castañar. El acueducto las vertía en la fuente de Doce Cantos, probable corrupción de Doce Caños. Restos del canal, desde su origen al acueducto, aún pueden

detectarse en el camino de Burguillos; en efecto, existen vestigios de lo que se llamaba “arcas de agua” o “torres acuarias”, una de ellas medianamente conservada, es conocida por “Horno del Vidrio”. Aparte de esto, quedan unos frogones del acueducto por debajo de la actual Academia de Infantería y en el lado opuesto del río, próximo a Doce Cantos. Ignoramos la época en que este acueducto quedó sin uso y las causas que lo propiciaron.

En el primer tercio del siglo XVI, unos ingenieros alemanes, traídos por el Emperador Carlos, idearon un dispositivo de elevación de agua del Tajo a Zocodover. La toma se hacía desde los molinos de Garci-Sánchez, ubicados en los aledaños del puente de Alcántara. La obra debía ser costosísima, y “se puso una muy recia tasa sobre todas las cosas, hasta el agua que se traía, de modo que monasterios y todos la pagaban, aunque la trageran en sus bestias”, según reza en unas notas marginales de un Libro de recepciones del siglo XVI. Este mecanismo debió tener una vida efímera, bien por el coste, bien por el insuficiente caudal de agua que suministraba.

El marqués de Vasto, en 1534, encarga al relojero e ingenioso artífice lombardo Juanelo Turriano, que desde Italia venía agregado al séquito del Emperador, el célebre Artificio. Tampoco debió dar resultado positivo, por su complicado mecanismo. Como curiosidad anotemos que lo tenía controlado desde su casa, situada junto al mismo, en la calle que hoy se denomina del Artificio de Juanelo, que se extiende desde la plaza de armas de Alcántara hasta Doce Cantos.

Para darnos idea más exacta de lo que significaba la carencia de agua en Toledo, digamos que son numerosísimas las casas que tienen algibe. Incluso existe una calle denominada de los Algibes, por estar totalmente ocupada por ellos, situados bajo el pavimento.

En estos algibes se recogía el agua de lluvia por medio de buzones instalados en los patios. Naturalmente, donde más abundan es en los conventos donde, por el número de personas acogidas, eran mayores las necesidades de agua.

Planteado el problema como queda, se recurrió a la provisión de agua por medio de azacanes que la transportaban desde el río a lomos de caballería, utilizándose sobre todo asnos a los que se aparejaba con unas aguaderas de cuatro cántaros. El oficio de aza-

cán, que era considerado bajo, como propio de moriscos renegados, era, sin embargo, muy productivo y remunerador. Lázaro así lo cuenta: “este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida”.

Aunque estaban diseminados por toda la ciudad, había un grupo numeroso que vivía junto a los alfares de la Antequeruela; en las proximidades, todavía se conservan los nombres tanto de los Alfares como la de Azacanes, esta la que va de la calle Real del Arrabal a la puerta Nueva.

Dicha puerta no adopta la denominación de Nueva hasta 1617, en virtud de una reforma que se hizo en la misma el citado año. Con anterioridad se la conocía como puerta de Almofala y perfora la muralla árabe de la Antequeruela entre la Torre de Antequera y la de las Cinco Esquinas. Por ella entraban y salían los aguadores al río con sus asnos y cántaros para hacer su provisión.

Como nota pintoresca diremos que en no pocas ocasiones, los azacanes oírían los gritos, risas o llantos de los desdichados de- mentes, encerrados entre rejas como inquilinos forzados del Hospital de la Visitación, más conocido como de Inocentes o del Nuncio. Esta última denominación tiene su origen en que fue fundado por la munificencia de D. Francisco Ortiz, que era Nuncio, a más de canónigo de la Catedral, en 1483. Con la misma denominación se trasladó este hospital a la Plaza de los Postes, donde per- duró hasta 1793, en que, a expensas del Cardenal Lorenzana, se levantó el Nuncio Nuevo en la calle Real, donde ha permanecido hasta hace poco más de dos lustros.

Si como decimos antes, el oficio de azacán era bastante pro- ductivo, no se debía sólo al agua porteadada. Los cántaros eran un buen envase y pretexto para pasar vino, burlando, de este modo, las tasas municipales de portazgo. También había sus más y sus menos con el agua que cobraban y no servían. No eran infrecuen- tes las reyertas entre proveedores y consumidores. Las cosas debie- ron llegar a tal punto que el Ayuntamiento hubo de dictar una Ordenanza en abril de 1563, por la que se obligaba a los alfareros del Arrabal a poner un sello en el asa del cántaro que se fabrica- ba para los azacanes de servicio público. Así quedaba oficialmen- te garantizado el que cada cántaro tuviera una capacidad de cinco azumbres y cuarto, en evitación de que el usuario se sintiera de- fraudado por los avispados azacanes. Naturalmente este sello se imprimía en el asa del cántaro cuando aún estaba blanda.

Recientemente, el ilustre ceramista toledano D. José Aguado Villalba, ha encontrado, entre ingentes restos de cerámica, descubiertos al remover las tierras alledañas a la puerta de Alfonso VI, dos asas de cántaro con marca de fábrica, una de ellas lleva una -i- minúscula enmarcada en un círculo; la otra un sello con las letras T,D enlazadas en anagrama. Posteriormente ha encontrado cuatro asas más con marchamo, según nos ilustra en un trabajo publicado en el Boletín Municipal Informativo de Toledo.

Fuera de las picardías del oficio, que dejamos apuntadas, Navarro Ledesma los alaba así en su obra “El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra”: “Un azacán de Toledo, será un azacán, pero es un toledano, *Civis toletanus sum*, dice orgulloso y se envuelve, augusto, en su capote, como el romano en su toga. Toledo es la escuela de la entonada cortesanía, de la seriedad en el decir: habla como viejo, procede como joven”.

Posteriormente a Lázaro de Tormes, hubo en Toledo, otro azacán que también alcanza gloria en la Literatura Española. El ingenio de Cervantes nos describe a Lope Asturiano, con ricas y ricas pinceladas de inimitable colorido en “La ilustre fregona”, subiendo por la cuesta del Carmen, con su asno y cuatro cántaros, hacia el Mesón del Sevillano. Este mesón inmortalizado por Cervantes, estaba ubicado casi al final de la Cuesta del Carmen; con relativa frecuencia se ha confundido con la Posada de la Sangre que, hasta 1936, estaba al principio de la cuesta, junto a las escalerillas que de Zocodover bajan por el Arco de la Sangre.

Volvemos con Lázaro. En verdad el contrato entre el capellán y el mozo, resultaba totalmente leonino para este desdichado. Ciertamente que el asno y los cántaros eran propiedad de aquel, pero bien recibía por el alquiler. “Daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados y los sábados ganaba para mí y todo demás, entre semana, de treinta maravedís”.

En todo caso, aún bajo estas condiciones, el hecho es que empezó a gozar de buena vida. Las pasadas adversidades le habían enseñado que para medrar había que ser ahorrativo y buen administrador de los caudales. Quizás por su imaginación pasaron el ladino ciego y el avaro clérigo de Maqueda.

Lázaro, en su no muy larga vida pletórica de calamidades, se ve por fin con algo de dinero en la bolsa. Es cuando reflexiona: “Fueme tan bien en el oficio que al cabo de cuatro años que lo

usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de ropa vieja. De la cual compré un jubón de fustán viejo, y un sayo raído de manga tranzada y puerta, y una capa que había sido frisada y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería seguir más aquel oficio”. Si el hábito no hace al monje, en este caso sí hizo a Lázaro hombre de bien. Cuando hace estas reflexiones, y toma la decisión de abandonar el oficio, Lázaro cuenta diez y ocho años.

Lázaro asienta con un alguacil.

“Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil”. El nuevo oficio es de porquerón, como en aquel entonces se denominaba a los corchetes, encargados de la detención y apresamiento de los delincuentes. Cumpliendo órdenes del alguacil los conducían a la cárcel y eran retenidos en prisión hasta ser juzgados por el Alcalde Ordinario, si la causa encuadraba en lo civil.

La Cárcel Real, estaba ubicada en la colación de San Román y en la calle que llevaba su nombre, actualmente Alfonso XII, permaneció allí hasta muy avanzado el siglo XIX. Se trasladó entonces al desamortizado convento de Franciscos Alcantarinos descalzos, vulgarmente conocido como Gilitos, al final de la calle de los Descalzos.

La primitiva debía ocupar la casa frente al actual convento de dominicas de Madre de Dios, desde la esquina de aquella calle hasta el que fue colegio marista. La Hermandad de la Paz y Caridad, que nos ocupará más adelante, atendía la enfermería de esta cárcel, junto con la hermandad de la Madre de Dios, la cual debió tomar el nombre del actual convento. Más adelante surgió otra nueva hermandad bajo la advocación del Buen Pastor, que proporcionaba limosna a los presos pobres que carecían de recursos para su sustento. En la misma cárcel había una asociación de letrados, bajo la advocación de San Raimundo de Peñafort, que se encargaba gratuitamente de la defensa de los penados indigentes, así como de pedir clemencia al Corregidor o Alcalde que había de juzgarlos.

Cuando el delito era grave la justicia la ejercía el Corregidor o el Alcalde Mayor, pero cuando era de menor cuantía se encargaba a los Alcaldes Ordinarios. Estos celebraban su audiencia en las

primeras horas del día y al aire libre, concretamente en cuatro puntos de la ciudad; uno en Zocodover, otro en las Cuatro Calles, un tercero en la Catedral, probablemente en la puerta de Escribanos, y el último en la puerta de la iglesia de Santo Tomé.

Antes de terminar este apartado, nos parece oportuno anotar que, entre la multitud de Alcaldes que componían el Municipio, en el de Toledo, por su calidad de recinto amurallado, existían los alcaldes de Puertas y Puentes. Su cometido consistía en abrir estas entradas por la mañana, al tañer el esquilón de los monasterios de San Agustín y la Concepción. Ambos lo hacían a la hora del alba, excepto en los meses de agosto y septiembre que, por la recolección, la operación se llevaba a cabo antes de amanecer. Tanto puertas como puentes se cerraban después de las Avemarías de la Catedral y las llaves eran entregadas a la abadesa del convento de Santa Clara la Real.

Poco le dura el oficio de porquerón a Lázaro. “Más muy poco viví con el, por parecerme oficio peligroso”. En efecto, una noche que intentaron hacer una redada de maleantes, amo y criado fueron corridos con piedras y palos. Lázaro, más joven, puso pies en polvorosa y no pudo ser alcanzado, más su amo fue apaleado y tundido. “Con esto renegué de mi trato”.

Lázaro alcanza un oficio real.

“Y pensando en que modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasadas fueron pagados con alcanzar lo que procuré. Que fue un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que lo tienen”.

Lázaro es vocero en Toledo, encargado, con la anuencia real, de pregonar vinos, almonedas y las penas impuestas a los delinquentes sancionados por la Justicia.

Aproximadamente, en la misma época, parece ser que también fue pregonero en Toledo, el que fuera autor, actor y director de compañías teatrales, Lope de Rueda. Parece ser que con motivo de algunas actuaciones teatrales en la Ciudad, por avatares muy frecuentes en la farándula, la compañía se disolvió, probablemente por falta de dinero, y Lope de Rueda no tuvo más remedio que acogerse al oficio real, y hacerse pregonero.

¿Fue así realmente? ¿se trata de una farándula? no vamos a entrar en disquisiciones, lo que sí vamos a comentar es alguna cláusula de su testamento en lo que a Toledo se refiere, donde indudablemente, no le debieron marchar muy bien las finanzas. Dice así: “A Juan de Soria, mesonero que vive a la vallada del Carmen, en prenda de diez ducados menos cuatro reales que le debía, dos cofres: uno de pelo blanco y otro de pelo negro, y en el blanco tres mantas”. Sirva esto sólo como una pincelada, para apreciar su penuria.

Lázaro nos explica así su nuevo oficio: “Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en las almonedas y cosas perdidas, acompañar a los que padecen persecución por la justicia y declarando a voces sus delitos”.

Los pregones sobre vinos y almonedas y demás, se hacían en la calle donde estaba situado el establecimiento, en la plaza del Ayuntamiento y en Zocodover; los de las penas impuestas por la justicia se realizaban acompañando al reo por la calle, donde era azotado para servir de ejemplo a los demás.

Lázaro recuerda con pena que eran conducidos, desde la cárcel, de que hemos hecho mención, arropados por alguaciles y corchetes junto con el pregonero, a la picota, situada en Zocodover. Este dato nos consta; J. Porres habla de cómo para identificar una casa de la calle de las Armas, dice “bajo la picota, a tres casas saliendo de la plaza, a mano derecha”.

Desde el momento en que el reo entraba en Capilla hasta llegar al patíbulo, era acompañado y asistido, tanto en sus necesidades corporales como espirituales, por los hermanos de la cofradía de la Preciosa Sangre de Cristo. Dicha cofradía fue fundada en el siglo XII por el rey D. Sancho. Estaba radicada en la capilla situada sobre el Arco de la Sangre, en Zocodover. Para ayudar en su misión de asistencia al condenado, desde el momento de entrar en Capilla, pedían limosnas por las calles, y en el trayecto comprendido entre la cárcel y la picota, acompañando al reo.

Cuando el reo entraba en capilla, se colocaba sobre el antepecho del balcón del Arco de la Sangre, un paño de terciopelo rojo con galón dorado; llevaba bordado en oro el escudo de las armas reales y el blasón de la cofradía, representando las Cinco Llagas de Nuestro Señor.

La primitiva capilla, que subsistió hasta 1936, en que fue des-

truida por avatares de la guerra, se reconstruyó al par que la fachada de Zocodover. Al igual que desde su fundación, actualmente se abre al anochecer y la imagen del Crucificado puede verse, sobre un sencillo altar, flanqueada por dos velas que se encienden hasta el amanecer. Cuando la plaza era mercado, se celebraba misa diariamente para que pudieran oír la compradores y vendedores.

Consumada la ejecución, la cofradía de la Preciosa Sangre de Cristo se retiraba dando por cumplida su misión. A partir de ese momento se hacía cargo del cadáver la Hermandad de la Caridad, fundada en 1085, según se dice por D. Antonio Téllez de Toledo y D. Suero Gómez de Gudiel, capitanes que formaban en las tropas de Alfonso VI en la conquista de Toledo. El cadáver era cubierto con un paño de la Hermandad y transportado en una camilla al “Pradito de la Caridad”, aledaños de la puerta de Doce Cantos. La conducción la realizaban asalariados de la cofradía, vestidos de verde. La cofradía perdura en la actualidad y a estos asalariados puede vérselos en la procesión del Corpus Christi, vistiendo unos trajes verdes, portando una cruz procesional y dos ciriales del mismo color, y jocosamente se les conoce en Toledo vulgarmente como “Los Verderones”.

Hablemos ahora del “Pradito de la Caridad”, donde se daba cristiana sepultura a los ajusticiados. Como apuntamos anteriormente, estaba situado muy próximo a Doce Cantos, un poco más allá de las ruinas del convento del Carmen Calzado. No resistimos la tentación de reseñar, que este convento, en 1577, sirvió de prisión a San Juan de la Cruz; allí ingresó una gélida noche del tres de diciembre del citado año, el mismo en que llegaron a Toledo, Teresa de Avila y Domenico Greco.

La cofradía de la Caridad cedió una parte de este terreno a la comunidad de Carmelitas Calzados, para la edificación de una capilla aneja a la iglesia, que se puso bajo la advocación de la Virgen del Carmen. Como condición de tal cesión, todos los lunes del año, después de la hora de Prima, la comunidad debía salir procesionalmente al Pradito de la Caridad, a rezar un responso por el alma de los ejecutados allí inhumados. Así mismo los días que salían de paseo los coristas, al regresar al convento, el Maestro de Novicios se adelantaba a ellos y oficiaba la misma oración. Finalmente consignaremos que, en este mismo cementerio, había una parcela donde recibían sepultura los ahogados y los fallecidos de muerte violenta.

Todo esto desapareció al incendiarse el convento que ya no se reconstruyó. Entre las ruinas debió quedar la tumba de Juanelo Turriano. Con materiales de relleno y escombros se hizo el actual paseo del Carmen, conservándose solamente un muro que mira hacia el río. En este muro existe una ventana cegada, por la cual, según la tradición se descolgó San Juan de la Cruz escapando de la prisión; desde allí llegaría exhausto al convento de Carmelitas Descalzas donde la avisada abadesa urdió una treta para negar sin mentir. Pensando, como así fue, que allí irían a buscarle los Calzados, cambió la hermana portera que le había franqueado la puerta por otro monja.

Lázaro realiza grandes progresos en su nueva profesión, “tanto, que en toda la ciudad, el que ha de echar vino a vender, o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho”.

Ya le había dicho el ladino ciego, bien conocedor de las gentes y sus talentos, después de la paliza de Escalona, mientras le curaba con vino las heridas: “Yo te digo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con el vino, que serás tú”. He aquí como de tan peregrina forma se cumplía la segunda sentencia del astuto ciego.

El confiado Lázaro, con el énfasis que le confiere el hallarse en “hábito de hombre de bien”, nos dice que “en este tiempo, viendo mi habilidad y bien vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya”.

La iglesia de San Salvador, situada en la plaza del mismo nombre, fue primitivamente mezquita árabe. Probablemente alguna de las que dejaron los cristianos a los mahometanos para celebrar sus ritos y cultos. Así permaneció, como tal mezquita, hasta el reinado de Alfonso VII en que pasó al cristianismo, a petición de doña Berenguela, reina consorte. Según la tradición, la soberana se refugió en ella una tarde en que una monumental tormenta descargó sobre Toledo, fundando su petición en una promesa hecha aquel día y en la misma mezquita. A cambio se concedió otra a los seguidores de Mahoma.

En tiempos de Lazarillo, esta iglesia era parroquia. Posteriormente, según reza en la cimbra de la puerta que da a Santa Ursula,

pasaría a ser filial de San Martín. Esta última, a cuya jurisdicción pasaría la parroquia, estaba situada frente al arco interior de la puerta del Cambrón, aladaña del palacio de Maqueda. Finalmente, al ser derruida, toda la feligresía, incluida la de San Cipriano, pasó a la actual parroquia de Santo Tomé.

Conserva la iglesia de San Salvador, rescatadas en reciente restauración, unas notables columnas visigóticas. En el altar mayor se venera actualmente el Cristo del Calvario, que al ser derruida su ermita, fue trasladado a San Cipriano en tanto terminaban las obras de restauración de su actual emplazamiento. También es de notar la existencia en la capilla-sepulcro de los condes de Cedillo, puesta bajo la advocación de Santa Catalina, un magnífico cuadro anónimo, procedente del derruido convento de monjas franciscanas de San Miguel de los Angeles.

Reflexionó Lázaro la propuesta del arcipreste de San Salvador, acerca del casamiento con su criada y con la ingenuidad que nunca perderá, aunque parece que es un pícaro, se dice a sí mismo, “y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así me casé con ella y hasta agora no estoy arrepentido”.

La casa rectoral, que servía de vivienda al arcipreste, aún existe. Está a la izquierda de la iglesia, frente al entonces convento de Trinitarios Calzados, hoy derruido; del mismo sólo se conserva la iglesia, varios años parroquia mozárabe, bajo la advocación de San Marcos. Solo apuntaremos, como nota curiosa, que este convento de Trinitarios Calzados, fue el primero que se ubicó dentro de la ciudad, pues el resto de los conventos de varones, estaban extramuros. En un principio fue un modesto hospitalito donde se atendía a enfermos y pobres ex-cautivos, regido por un piadoso monje llamado fray Elías, en el reinado de Alfonso VIII. Más adelante, el austero fraile, convirtió el edificio en suntuoso convento, gracias a la munificencia de unos señores apellidados Pantoja, oriundos de Cabañas de Yepes que, en 1220, le hicieron donación de sus casas y de los batanes del Angel.

Pero el astuto arcipreste, una vez casado Lázaro, quiere tener a mano a su coima, para lo cual, como dice el confiado Lázaro, “he hízonos alquilar una casilla par la suya”. La expresión “casilla”, nos da a entender que, el nuevo matrimonio, no muy sobrado de caudales, se asentó en alguna callejuela adyacente y de segundo

orden en el barrio de Santo Tomé, que bien pudo ser el callejón de San Salvador o el de el Alarife.

El desdichado Lázaro comenta: “Más malas lenguas que nunca faltaron ni faltarán no nos dejan vivir, diciendo no se qué y si se qué, de que ven a mi mujer irle a hacer la cama y guisarle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen verdad”.

Tanto va el cántaro a la fuente, que el infeliz Lazarillo, comenzó a tener “alguna sospechuela” y sufrir “algunas malas cenas por esperarla algunas noches hasta los laudes”. Dolido y resignado, vuelve a acordarse una vez más del ciego; viene a colación a su memoria el pasaje de los soportales de Escalona, en que su primer maestro en la vida, ladino y sentencioso, le dijera agarrado a un cuerno de los del muro del mesón: “Calla, sobrino, que algún día te dará este que en la mano tengo alguna mala comida y cena”.

En este Séptimo y último Tratado del “Lazarillo”, culminan las tres predicciones del mendaz ciego, que hiciera en el Tratado Primero, bajo los soportales de Escalona. Parecen tres cláusulas de su testamento, que dictó, quizá presintiendo una próxima y definitiva separación, si bien que no de una manera tan violenta como tuvo lugar.

En total vecindad con la parroquia de San Salvador está el convento de Santa Ursula, que en 1260, era un beaterio de los muchos que en Toledo hubo. Como tal permaneció hasta 1320 en que, por el gran número de acogidas, se transformó en convento, gracias a la donación que hizo un vecino de Toledo, llamado Juan Díaz. Más tarde, un nieto suyo, de nombre Juan González, arcediano de Calatrava, costeó en 1360, la edificación de la iglesia, rematando el actual monasterio de monjas agustinas.

San Miguel de los Angeles, fue un convento de monjas franciscanas que tuvo vida oscura y que fue desamortizado en 1835 y desapareció, pasando la comunidad al convento de Santa Isabel.

Hemos hecho este inciso, por suponer que el señor arcipreste de San Salvador, hombre acaudalado, comerciante en vinos, visitaría de vez en cuando el locutorio de ambos conventos vecinos, ayudando con su peculio la vida del claustro. También es muy probable que como compensación a su munificencia, recibiese los domingos y fiestas de guardar, gustosos platos de natillas con flotantes bizcochos de soletilla, arroz con leche y bartolillos con miel, de los que debían participar Lázaro y su infiel consorte. Dice Lá-

zaro: “Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa”.

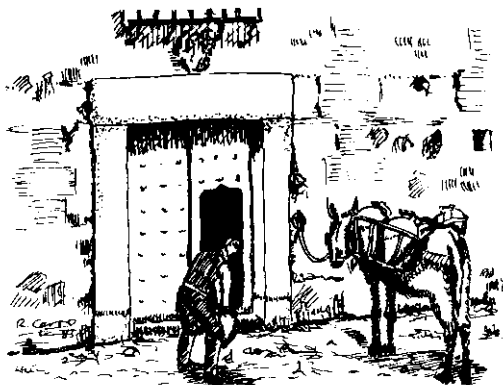
Comenzaron las murmuraciones a ser más directas. Los amigos y compañeros decían a Lázaro que su mujer había parido tres veces antes de casarse. El ladino arcipreste sabe llevar el compás: “Lázaro de Tormes: quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaría alguno, entrar en mi casa a tu mujer y salir della. Ella entra muy a tu honra y suya”.

No podemos saber si Lázaro quedaba o no muy convencido de la inocencia de su cónyuge, con estas buenas razones del clérigo, lo cierto es que se regocijaba de lo que traía a casa. “Y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo; por las Pascuas su carne, y cuando el par de bodigos, las calzas viejas que deja”.

Muchas veces se acordaría del ciego, del suceso del cuerno, de que le enseñó a ayudar a misar y quizá también de las Bienaventuranzas, pensando que: “Bienaventurados los mansos”, no los de coronada cabeza como el infeliz Lazarillo.

“Esto fue el mismo año que nuestro vistorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes y se hicieron grandes regocijos como vuestra merced habrá oído. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna”.

A quien Dios se la de, San Pedro se la bendiga debió pensar Lázaro en su interior cuando así habla tan ufano.



Lázaro en su oficio de azacán.

BIBLIOGRAFIA

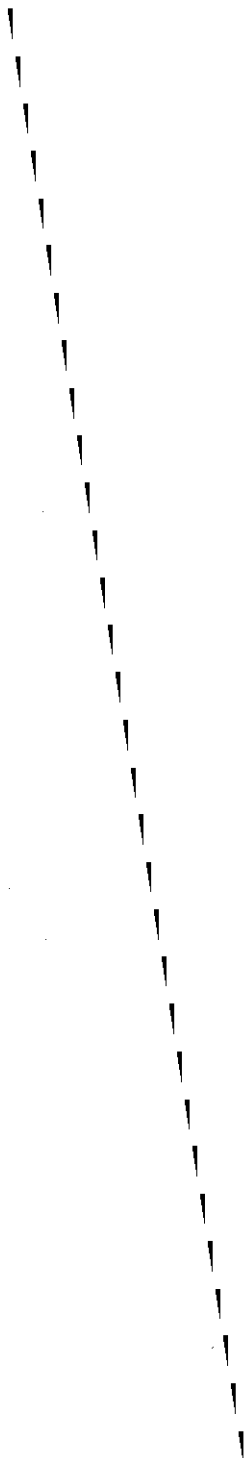
- AGUADO VILLALBA, J., *Un curioso hallazgo*. Boletín de Información Municipal. Toledo.
- ALONSO, D. *De los siglos oscuros al de Oro*. Cit. por Rico, F.
- ANONIMO. *Vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*.
- ARAGONES, A. *Toledo. Páginas de su Historia*. Toledo, 1928.
- CARRERO, M. *Las murallas y las puertas de Toledo*. Temas Toledanos. Toledo, Diputación Provincial, 1981.
- GOMEZ-MENOR, J. *En torno al anónimo autor del "Lazarillo de Tormes" y su probable naturaleza toledana*. Anales Toledanos XII (1977)
- GOMEZ-MENOR, J. *Seis notas al Lazarillo de Tormes (Desde el campo de la Paleografía)*. Boletín de la Real Academia Española. Enero/Abril, 1978.
- LOPEZ FANDO, A. *Los antiguos hospitales de Toledo*. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Toledo, 1955.
- NAVARRO LEDESMA, F. *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*. Colección Austral. Buenos Aires, 1944.
- PARRO, S.R. *Toledo en la mano*. Edición facsímil de la de 1857. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, 1978.
- PORRES, J. *Pequeña historia de Zocodover*. Conferencia pronunciada en la Casa de la Cultura. Toledo, 1966.
- PORRES, J. *Los barrios judíos de Toledo*. Colección "Toledo Universitario". Simposio Toledo Judaico. Toledo, 1972.
- RICO, F. *Lazarillo de Tormes*. Planeta, 1981.
- SAN ROMAN, F. de B. *Los gremios toledanos en el siglo XVII*. Toledo, 1950.
- SAN ROMAN, F. de B. *Los protocolos de los antiguos escribanos de la Ciudad Imperial*. Madrid, 1934.

BIOGRAFIA

Nace en Noblejas (Toledo), el 19 de agosto de 1903. Llevado a Ocaña pocos días después, aprende las primeras letras y cursa sus estudios de Bachillerato en el Colegio de Santo Domingo de Guzmán de los P.P. Dominicos. Terminados éstos, cursa la carrera de Medicina en la Facultad de Medicina de Madrid y Hospital Clínico de San Carlos, licenciándose en 1926. Asiste como alumno al Instituto Rubio, para postgraduados. En 1930 ingresa por oposición en la Beneficencia Municipal de Toledo, desempeñando su cargo primeramente en la Casa de Socorro y, posteriormente, en la visita domiciliaria en los Distritos Tercero y Cuarto de dicho Ayuntamiento, jubilándose en 1974, tras de cuarenta y cuatro años de servicio.

INDICE

I. LAZARILLO Y EL CIEGO EN SALAMANCA	5
II. POR ESOS CAMINOS DE DIOS	9
III. LAZARILLO Y EL CIEGO EN TIERRAS DE TOLEDO	13
Almorox. El racimo de uvas	13
Lazarillo y el ciego en Escalona	16
Lazarillo y el clérigo de Maqueda	19
IV. LAZARILLO DE TORMES EN TOLEDO	23
Lazarillo y el escudero	28
El mercado del Martes	32
La miseria dorada	33
Lazarillo y el fraile de la Merced	41
Cómo Lázaro asentó con un buldero	42
De cómo Lazarillo se hace azacán	45
Lázaro asienta con un alguacil	49
Lázaro alcanza un oficio Real	50
ORIENTACION BIBLIOGRAFICA	57
NOTA BIOGRAFICA	58
INDICE	59





Ultimos títulos publicados:

15. *Toledo y los toledanos en las obras de Cervantes*, por Luis Moreno Nieto y Augusto Geysse.
16. *Poetas toledanos vivos*, por Amador Palacios.
17. *El maestro Jacinto Guerrero*, por Manola Herrejón Nicolás.
18. *El Greco, su época y su obra*, por Rafael J. del Cerro Malagón.
19. *Breve historia de Yepes*, por Tirso Trillo Siaba.
20. *Toros en Toledo y su provincia*, por Francisco López Izquierdo.
21. *Sor Juana de la Cruz, "La Santa Juana"*, por Jesús Gómez López e Inocente García de Andrés.
22. *Comarca de la Jara Toledana*, por Fernando Jiménez de Gregorio.
- 23-24. *Toledo y el Papa*, por Luis Moreno Nieto.
25. *Toledo, puerto de Castilla*, por Julio Porres Martín-Cleto.
26. *Pobreza y Beneficencia en Toledo*, por Hilario Rodríguez de Gracia..
- 27-28. *Notas sobre la historia y geografía de la Sagra*, por Vicente Rodríguez Rodríguez.
29. *La repoblación de Toledo*, por Ricardo Izquierdo Benito.
30. *Santuarios marianos de la provincia de Toledo*, por José Gómez-Menor.



De próxima publicación:

- *Cerámica de Talavera del s. XVI al XVIII*, Angel Ballesteros Gallardo.
- *Romancero Popular Toledano*, por José Manuel Sánchez Miguel.
- *El Castillo de Consuegra*, J. Carlos Fernández Layos de Mier.
- EXTRA IV. TOLEDO EN LA LITERATURA, por Luis Moreno Nieto.

